

se

Una boda Real



CARA COLT **Lectulandia**

Rachel Rockford necesitaba un caballero de brillante armadura... y el príncipe Damon Montague precisaba una esposa. En otra época, este lo había tenido todo, pero aprendió que los príncipes no estaban por encima del dolor... ni a salvo de perder a los seres queridos. A pesar de ello, había decidido casarse de nuevo, ser padre e implicarse en la búsqueda de la hermana desaparecida de Rachel. Tenía el corazón encadenado y pensaba que ni siquiera su dulce prometida podría liberarlo, pero Damon había subestimado a su novia...

Lectulandia

Cara Colter

Una boda real

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *A Royal Marriage*

Cara Colter, 2001

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Uno

—Y creo que ella está...

—Disculpe, señorita —el joven oficial de policía de rostro insulso que había detrás del mostrador tomó el auricular de un teléfono que no paraba de sonar—. ¿Una reyerta? ¿Dónde? Disculpe, no oigo bien. Sí, sí...

Rachel Rockford suspiró. ¿Cómo podía ella hacerle entender que lo suyo era importante y urgente?

—¿El pub McAllistar? En la Cuarta, ¿verdad?

Rachel se retiró detrás de la oreja un mechón de su melena de pelo castaño rojizo y miró por encima de los hombros del policía, fijándose en la oficina. Era un lugar deprimente. Las luces eran demasiado estridentes; las paredes, demasiado blancas; las mesas y sillas, viejas. Montañas de papeles llenaban el mostrador. Un tablón de anuncios detrás de ese mostrador mostraba fotografías de delincuentes buscados y de niños desaparecidos.

No era extraño que el policía pareciera tan indiferente a lo que ella le decía. Vivía en un mundo en el que posiblemente no quisiera ni pensar.

—¿Él dijo eso? Bueno, entonces no es de extrañar que comenzara la pelea.

Rachel se dio media vuelta. Con gesto ausente, apretó el cinturón de su americana azul marino, que había elegido junto con una falda blanca, con la intención de parecer respetable. Pero no parecía haber funcionado.

La sala frente a ella era tan inhóspita como lo que había detrás del mostrador. Había sillas de plástico verde reparadas con cinta aislante. El suelo de baldosas estaba lleno de rayones y sin brillo. Las paredes necesitaban pintura urgentemente.

Sus ojos descansaron en un hombre que llevaba ropa de trabajo gastada y estaba desplomado sobre una silla. Se miraba las manos como si pudiera leer su futuro y lo que viera no fuera bueno. Tenía el aspecto de no estar satisfecho, cualquiera que hubiera sido su queja.

Rachel sintió pánico y deseó salir de allí. No quería que la relegaran a una de esas sillas. Respiró profundamente y rezó pidiendo paciencia. Debía dar un informe sobre Victoria.

El policía colgó el teléfono. Justo cuando ella se giró para mirarlo, el aparato empezó a sonar de nuevo.

—Viernes por la noche —explicó el hombre a modo de disculpa, y contestó.

Ella tuvo que volver a dar media vuelta y reprimió un grito de angustia. Lo último que quería era parecer histérica. Cerró los ojos y contó hasta diez. Cuando los abrió, un hombre estaba subiendo los escalones de la entrada. Un hombre que no pertenecía a ese lugar.

Rachel se había vestido para estar respetable, para hacerse oír y, aunque él no había hecho nada de eso, ella supo que a ese hombre le darían lo que fuese a pedir.

Total atención, respeto.

Había algo en su modo de moverse que infundía respeto y que iba más allá de su elegante abrigo negro, la bufanda blanca y las manos enguantadas.

Era algo más, aparte de su altura, la anchura de sus hombros y su impecable pelo castaño que brillaba como la seda.

Ese «algo» estaba en el corte de sus facciones. No era atractivo en el sentido tradicional. Sus facciones eran demasiado duras. Sus pómulos eran altos y prominentes; la nariz, recta y la barbilla, saliente.

Sus ojos recorrieron el lugar, deteniéndose un instante en el hombre sentado en la silla, y luego se detuvieron en ella. Rachel encontró sus ojos de un color sorprendente.

Se riñó, eran simplemente color avellana, pero esa palabra no describía todos los matices dorados y verdes de esos ojos. El desconocido sonrió brevemente, una sonrisa que iluminó sus ojos desde dentro, ojos amables. Y esa sonrisa aceleró el corazón de Rachel.

Ella se dio media vuelta rápidamente recordándose la última vez que había reaccionado así ante un hombre atractivo. Carly, que el día anterior había cumplido veinte meses, estaba en ese momento con la niñera. Esa pequeña era la prueba viviente de su insensatez.

Aunque en realidad, Rachel no lamentaba en absoluto haber tenido a Carly.

El policía colgó el teléfono. Ansiosa por atraer su atención antes de que viera al hombre elegante, Rachel empezó a decir atropelladamente sus palabras ensayadas. El uniformado levantó un dedo, haciéndola callar un momento, y entonces maniobró el control de radio frente a él y dijo un código incomprensible frente a un micrófono plateado.

—Bueno —dijo al fin—, me estaba diciendo que su hermana ha desaparecido. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—En realidad hace mucho que no la veo. Pero hablamos por teléfono de vez en cuando y nos escribimos. No puedo localizarla. Y tengo la sensación de que ha sucedido algo terrible.

—¡Oh! —Dijo el hombre—. Una «sensación».

Rachel miró hacia atrás para ver si el hombre bien vestido estaba esperando impaciente su turno en el mostrador. Pero la sorprendió ver que se había sentado junto al de aspecto desolado y le estaba hablando en voz baja.

Debía de ser un abogado. Pero sus facciones se habían suavizado con inconfundible compasión y una persona acostumbrada a las tragedias humanas, no reaccionaría así. El policía frente a ella era un claro ejemplo de eso. Pero la compasión en el rostro atractivo de aquel extraño fue como un rayo de luz en ese lugar triste, y eso le dio a Rachel el coraje de continuar. Se giró hacia el mostrador cuando el hombre elegante estaba sacando un teléfono móvil de su bolsillo.

—Le he escrito —continuó Rachel—. Llevo semanas llamándola. He vuelto a Thortonburg para ver por qué no podía localizarla y no está en su apartamento. Tiene

el porche lleno de periódicos amontonados y el correo se sale del buzón. Una vecina vino a recogerlo y dijo que Victoria debía haber vuelto a casa la semana anterior.

—¿Vuelto? ¿Entonces ha estado fuera? ¿Lo sabía usted?

—No, pero...

—Posiblemente su hermana esté disfrutando y haya alargado sus vacaciones. ¿No es una posibilidad?

—¿Y por qué no puede ser una posibilidad que yo tenga razón y ella haya desaparecido? —preguntó Rachel un poco acalorada.

Eso era exactamente lo que su padre le había dicho cuando ella le había contado sus miedos. Le comentó que recordaba vagamente que Victoria había dicho que se iba de vacaciones.

—¿Y qué le hace pensar que ha desaparecido?

—Rachel, ¿eres tú?

A Rachel le dio un vuelco el corazón. Aunque su padre le había comentado que si era tan boba como ir a la policía, acudiera a Lloyd Crenshaw, su antiguo colega en el departamento, ella se había resistido a la idea. Pero allí estaba Lloyd, saliendo por una puerta y acercándose a ellos.

—Lloyd, ¿cómo estás?

—Bien, ¡y tú sigues igual! Pensé que quizás hubieras engordado un poco con el bebé y todo eso.

Rachel sonrió débilmente. Lloyd Crenshaw y su padre eran amigos desde que ella era pequeña. Pero ella se había negado a ir a verlo directamente y no solo porque Lloyd la incomodara, sino porque Victoria siempre lo había detestado.

—¿Te vas a ocupar tú de esto? —le preguntó el joven oficial, sin molestarse en ocultar su deseo de librarse de Rachel.

—¿Ocuparme de qué exactamente? No tendrás un problema, ¿verdad, Rachel? ¡Seguramente ya te marchabas a casa!

Parecía haber algo falso en su jovialidad, pero siempre había existido algo falso en él. La sonrisa tocaba sus labios, pero nunca llegaba a sus pequeños ojos marrones.

Por el rabillo del ojo, Rachel vio que el hombre elegante estaba en ese momento a su lado, frente al mostrador.

—Mi hermana ha desaparecido —le dijo a Crenshaw, notando la tensión en su propia voz.

—Señor —dijo el joven policía—, ¿puedo ayudarlo?

Su tono, como ella había imaginado, rebosaba deferencia y respeto.

—Buenas noches —dijo el hombre, con voz profunda y agradable—. Me llamo Damon Montague.

Habló con suavidad, pero Rachel perdió la atención de Lloyd Crenshaw inmediatamente, pues este se volvió hacia el desconocido.

—¿El príncipe Damon Montague? —preguntó.

—Eso es —el hombre hizo un gesto con la cabeza a Crenshaw y volvió a dirigirse

al policía joven—. He tenido un pequeño problema con mí...

—¿Un problema, señor? —Intervino Crenshaw—. No se preocupe. Voy por un informe y...

—Por favor —el hombre levantó la mano con gesto comprensivo—. No he podido evitar oír a la señorita cuya hermana ha desaparecido. Parece estar angustiada. Creo que eso requiere su atención más que la antena rota de mi coche. El señor... —miró el nombre en el uniforme del joven policía—... Burke parece perfectamente capaz de ayudarme.

—Sí, señor —declaró Burke, con tanto entusiasmo que Rachel sintió deseos de abofetearlo.

—¿Entonces tu hermana ha desaparecido? ¿Victoria? —Preguntó Crenshaw en tono muy alto, volviéndose hacia ella con preocupación fingida—. ¿Por qué piensas eso? Tu padre no me lo ha comentado.

—Victoria no ha sido precisamente una de sus prioridades —dijo Rachel.

—No seas boba. Siempre os ha adorado a las dos.

Ella respiró profundamente. No había ido allí a que la llamaran boba ni a que se burlaran de sus presentimientos. Aunque Lloyd Crenshaw y su padre eran amigos, ninguno podía decir con seguridad qué sucedía en la casa del otro detrás de las puertas cerradas. Y su padre había sido hostil hacia su hermana, algo que había hecho a Rachel sentirse culpable y entre la espada y la pared, ya que con ella su padre siempre había sido todo lo contrario.

—De hecho, ahora que lo pienso, me parece recordar que tu padre dijo que Vicky se iba de vacaciones.

Otra cosa que su hermana detestaba era que la llamaran Vicky.

—Creo que algo va mal —dijo Rachel—. Victoria siempre me cuenta sus planes de vacaciones. Y su vecina dijo que ya debía estar de vuelta. Te digo que mi hermana ha desaparecido —terminó, con un chillido casi histérico.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Lo que haces cuando alguien ha desaparecido.

—Bueno, si insistes llenaremos un informe, pero en serio, Rachel, Vicky siempre ha sido algo salvaje.

Ella lo miró, pasmada. Su hermana no era salvaje. Era testaruda, aventurera y una persona llena de vida.

—¡No lo es! —gritó sin poderlo evitar y desmoronándose—. Por favor —pidió con manos temblorosas—. Por favor, ayúdame.

Y la ayuda llegó. De repente, sintió una mano sin guante sobre la suya. Una mano fuerte y cálida. La sensación fue muy fuerte y agradable. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que alguien le había ofrecido consuelo? ¿Cuánto tiempo hacía que no la tocaban?

Demasiado. Toda la tensión y el estrés acumulados desde que decidió afrontar la maternidad en solitario palpitaron detrás de sus ojos. La ternura de ese extraño

rompió la barrera que se había construido alrededor del corazón.

Sintió la primera lágrima resbalar por su mejilla. Quitó la mano de debajo de la de él para secársela.

—Sargento —declaró el hombre, disgustado—, un poco de sensibilidad no estaría de más.

Crenshaw pareció a punto de rebelarse, pero sacó un papel de un cajón y empezó a rellenarlo con los dedos regordetes manchados de nicotina. Rachel buscó desesperadamente en su bolsillo un pañuelo, pero sus dedos solo tocaron un mordedor de bebé y un gorrito, y tan angustiada estaba que pensó en sonarse con la prenda.

Entonces, alguien le puso un pañuelo en la mano. Levantó los ojos y la amabilidad en la expresión de ese hombre casi la hizo llorar de nuevo.

—Gracias —dijo, limpiándose la nariz y los ojos, y deseando hundir la cara para siempre en ese pañuelo suave y fragante.

—Rachel —dijo Crenshaw—, necesito que me des tu dirección completa.

Ella contestó y esas preguntas tan rutinarias ayudaron a que se controlara.

—Estoy bien —le dijo al príncipe, y miró el pañuelo usado sin saber qué hacer, aunque era consciente que no podía devolverlo en semejante estado.

—Quédeselo —dijo él, leyéndole la mente.

—Gracias.

Pero el príncipe Montague no se marchó y ella lo agradeció, ya que estaba segura de que los modales atentos de Crenshaw desaparecerían en cuanto él se marchara.

Pero el sargento también se dio cuenta.

—¿Ha terminado su informe, señor?

—Sí —contestó Montague sin inmutarse.

—Haremos lo posible por encontrar a los vándalos que atacaron su vehículo. Posiblemente sea uno de esos Thorton. Ahora está en su territorio —Crenshaw soltó una risita—. Quizás sea el propio Duque. Se dice que sus familias no se pueden ni ver.

—Estoy seguro de que el gran duque de Thortonburg tiene cosas mejores que hacer que seguirme y romper la antena de mi coche —replicó Montague irritado.

—Solo intentaba frivolar un poco, señor —se defendió Crenshaw—. Sería graciosos si fuera él, ¿verdad?

—No lo creo. Y ahora, ¿qué va a hacer por esta señorita?

—¡He rellenado el informe!

—¿Y luego?

—Lo enviaré, claro.

—Quizás no fuera mucha molestia si usted fuera a la casa de... ¿Victoria, verdad? y le hiciera algunas preguntas a los amigos y vecinos —dijo Montague, con expresión fría y dura en sus ojos.

Crenshaw bajó la mirada.

—Haremos lo que podamos.

—Gracias —dijo Montague, girándose hacia ella, de nuevo con ojos amables—. ¿Está bien?

—Sí, sí —contestó Rachel, dándose cuenta horrorizada de que le temblaba la voz. Miró angustiada su reloj—. Dios mío, llego tarde. Debo irme.

—No va a conducir en este estado —dijo él despacio—. La llevaré donde necesite.

—No es posible. Mi coche...

—Haré que alguno de mis empleados se lo lleve.

—En serio, no.

—¿Es porque no nos conocemos?

Ella deseó decirle que se sentía como si lo conociera desde siempre. Pero negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—No te preocupes —dijo Crenshaw, fisionando descaradamente—. Os he visto juntos. Si desapareces, él será mi primer sospechoso.

—No lo encuentro divertido —replicó Montague con dureza.

—Solo intentaba bromear, señor.

—¡Deje de hacerlo! Su hermana ha desaparecido. Yo también tengo una hermana a la que adoro, por quien daría mi vida. No sé cómo me sentiría si hubiera desaparecido, y me parece que no es nada divertido.

—Bueno, creo que me han puesto en mi sitio —declaró Crenshaw con malicia.

Montague no le prestó atención y se dirigió a Rachel.

—Por favor, deje que la acompañe a casa.

—Rachel —volvió a interrumpir Crenshaw—, se dice que todas las mujeres están a salvo desde que murió la mujer del príncipe, pero creo que hay apuestas sobre qué mujer elegirán sus padres.

Montague apoyó los codos sobre la mesa y se echó hacia delante.

—Ya le he dicho una vez que no lo encuentro nada divertido. No acostumbro a repetir las cosas —declaró, despacio pero con aplomo.

Crenshaw bajó la mirada hacia sus pies.

—Conozco a Rachel desde que nació. Prácticamente somos familia. Por eso estaba bromeando con ella. De hecho, Rachel, tu padre dijo que podías necesitar un trabajo de oficinista, ¿verdad? Seguro que podré encontrarte algo aquí.

Era propio de su padre no mencionar que era escritora. Se había enfurecido cuando Rachel no se dedicó a la enseñanza y no reconocía que ella había tenido ciertos triunfos en su campo. Y le había dicho a Crenshaw que bastaría con un trabajo de oficinista. Rachel no quería pensar que quizás terminara haciéndolo si no encontraba algo. Pero esperaba no estar tan desesperada como para trabajar en un sitio tan desolador.

—No, gracias —dijo ella con firmeza.

Crenshaw pareció insultado y miró a Montague con cierto resentimiento.

—Disculpe, si esto es todo, tengo trabajo.

—Estupendo —dijo Montague—. Eso imagino —añadió, sin alejarse del mostrador hasta que Crenshaw desapareció—. Es muy triste que un hombre así termine siendo oficial de policía. Necesita que le recuerden su promesa de proteger y servir, no de insultar y acobardar.

—Siempre ha sido bastante desagradable —confirmó Rachel.

—Dijo que era amigo de su familia.

—Mi padre es el director de la Academia Thortonburg. Crenshaw fue alumno suyo. Son amigos desde hace mucho.

Él asintió.

—¿Me permitirá que la acompañe a casa, por favor? —preguntó suavemente.

En realidad era ridículo que el príncipe Damon Montague, el hijo mayor del príncipe Charles Montague de Roxbury le estuviera pidiendo poder acompañarla.

Pero era un regalo, algo sacado de un cuento de hadas. Solo una tonta diría que no.

—No —dijo, ya que incluso Cenicienta tuvo la sensatez de huir.

—No puedo permitir que conduzca en ese estado.

—¡No estoy mal!

Él entrelazó brevemente sus dedos con los de ella y los dos sintieron el temblor. Pero solo Rachel sabía que el temblor se debía a que su corazón estaba despertando de su letargo.

Como si la hubiera besado un príncipe.

—¿Tiene usted alguna autoridad en Thortonburg? —preguntó ella bromeando para ocultar su estado.

Él se rió y fue un sonido cálido y rico, y eso hizo que Rachel se diera cuenta de que su vida, aparte de la alegría de Carly, se había vuelto triste y llena de preocupaciones. A veces, la carga de trabajar y cuidar a un bebé, intentando estirar un sueldo limitado, la asfixiaba.

—Creo que no. Solo quería jugar a ser un caballero ante una dama en apuros. ¿Qué dice?

No era extraño que ese encuentro la hubiera tomado por sorpresa.. Era vulnerable. Pero no podía volver a decir que no. Le había costado mucho la primera vez y había necesitado toda su fuerza de voluntad. Así que se rindió.

—Me encantaría que me llevara a casa, Príncipe Montague.

—Mis amigos me llaman Damon.

—No creo que nosotros seamos amigos.

—Quizás aún no. Pero lo seremos.

Lo dijo con tanta naturalidad que ella se ruborizó. Rachel era una chica muy normal. No tenía un aspecto espectacular ni era ingeniosa ni extrovertida. No había nada en ella que pudiera interesar a la realeza y hacer que él quisiera ser su amigo. Debía recordarlo.

Ella fue delante. Al pasar junto al hombre que seguía sentado en la silla, Damon extendió una mano y apretó su hombro durante un instante. El hombre se enderezó y sonrió. Entonces Damon le puso a ella una mano en el hombro. La tela de su chaqueta era fina y pudo sentir el calor y la fuerza de aquella mano. Él la guió bajando los escalones hasta su Jaguar negro aparcado fuera, justo frente a la comisaría. Había una nota blanca en el cristal.

—Creo que nuestro amigo no ha perdido el tiempo saliendo y poniendo esto aquí —dijo, metiéndosela en el bolsillo sin mirarla.

Ella miró preocupada al otro lado de la calle hacia su pequeño Volkswagen rojo. ¿Serían muy caras las multas? Pero no se veía ninguna nota en su parabrisas.

—Debería ir a echar dinero en el parquímetro...

—Yo me ocuparé de eso —la interrumpió Damon.

Rachel se enorgullecía mucho de su independencia. De hecho, no había pedido ayuda a nadie desde que nació Carly. ¿Por qué se sentía tan bien oyendo hablar así a alguien?

Por una vez se tragaría su tonto orgullo. Esa noche se permitiría creer en los cuentos de hadas.

—Gracias —dijo, por tercera vez.

Se preguntó cómo sería haber nacido en una familia con más dinero del que podían gastar. Mientras él le abría la puerta y ella entraba, se preguntó cómo sería no preocuparse nunca por el dinero, poder comprarse un coche o la casa de campo que ella soñaba para vivir con Carly. Había estado ahorrando una pequeña cantidad desde que nació su hija con ese fin, aunque en el fondo sabía que nunca reuniría lo suficiente.

El coche arrancó y avanzó suavemente.

La mujer sentada a su lado era preciosa. Su pelo, hasta los hombros, estaba cortado perfectamente para enmarcar su bonito rostro y tenía una mezcla de colores que no eran simplemente rojizos. Sus ojos eran espectaculares, del color del jade. La nariz, pequeña y bonita, y la boca, dulce y vulnerable. Y se notaba cierta testarudez en su barbilla.

No llevaba maquillaje y su olor era limpio y puro, a jabón en vez de a perfume.

Su ropa, una chaqueta azul marino y una falda blanca, era sencilla pero elegante. Tenía el pelo retirado detrás de las orejas y llevaba dos pequeños pendientes blancos a juego con la camisa... unas orejas que desearía mordisquear...

El pensamiento lo sobresaltó. El sargento Crenshaw no había sido delicado, pero había estado en lo cierto. Desde la muerte de su esposa, hacía más de un año ya, había estado sufriendo y convencido de no curarse jamás. Por supuesto, no era solo por la pérdida de su mujer.

Sharon había muerto embarazada de su primer hijo, un varón. El pequeño, perfectamente formado y una réplica en diminuto de Sharon, también había muerto.

Damon sabía que la gente pensaba que él lo tenía todo. Y una vez fue cierto. Pero

la tragedia le hizo desear ser un hombre comente. Porque ni el dinero ni la posición ni el prestigio podían sacarlo del pozo oscuro en el que se encontraba.

Su posición solo había servido para hacer público su dolor. Y en ese momento, su posición exigía que mejorara, que siguiera con su vida y sus obligaciones.

Incluso esa noche, él había llegado en su ferry privado de su casa en la isla de Roxbury a la isla vecina de Thortonburg para ver a una de las bellas mujeres que su bienintencionada madre no dejaba de poner en su camino. Una joven alta y atractiva, bien educada y de buena familia.

Y cuando Damon salió de la ópera y encontró la antena rota, sintió alivio y no rabia. Fue la excusa perfecta para meter a la rubia en un taxi con su ayudante, Phillip, y despedirse de ella. No había pasado un rato incómodo escapando de besos que no deseaba y de conversaciones que no le apetecían.

Las posiciones sociales de otros hombres no exigían que volvieran a casarse si su corazón no estaba curado. Otros hombres no tenían que soportar la presión y dejar a un lado sus sentimientos para tener un heredero.

Un heredero. No, eso no lo creía. Había pasado muchas horas encerrado en una habitación infantil donde no había ningún niño. Una habitación donde estaba Sharon. En el silencio de la habitación de paredes amarillas con visillos de encaje en las ventanas y ositos de peluche por todas partes, podía ver a su esposa, con la cabeza hacia atrás riendo, los ojos brillantes al pensar en su bebé. Pudo haber pedido que pintaran y decoraran otros, pero lo hizo ella sola, con un mono de pintor que se estiraba sobre su abdomen, brocha en mano, con la lengua entre los dientes mientras pintaba motivos infantiles.

—¿Ocurre algo? —preguntó suavemente Rachel.

Damon regresó al presente.

—No —mintió, y entonces se dio cuenta de que había perdido una oportunidad.

Su oferta de llevarla a casa no se había debido a un sentido del deber, sino a un deseo de saber más sobre su hermana desaparecida.

Hacía poco tiempo que Damon había encontrado al príncipe Roland Thorton en una situación comprometida con su hermana, Lillian. Roland le había contado una historia sobre su propia hermana, hija ilegítima de Víctor, el gran duque de Thortonburg, que había sido secuestrada. Roland había ido a Roxbury a investigar, a ver si los enemigos de los Thorton, los Montague, estaban detrás del secuestro.

Y a pesar de su furia por el comportamiento de Roland con Lillian, y a pesar del insulto de ser considerado sospechoso, Damon había sentido que la historia de Roland era cierta.

Y era mucha coincidencia que la hermana de Rachel, una joven de Thortonburg, hubiera desaparecido en la misma época. Ese pequeño grupo de islas del Atlántico Norte eran conocidas en todo el mundo por la falta de crímenes y violencia.

Por supuesto, la historia de los Thorton era secreta, así que Damon no podía preguntarle a Rachel lo que deseaba.

—¿Conocías al hombre que estaba sentado en la comisaría? —Le preguntó Rachel—. Al principio pensé que eras su abogado.

Era una pregunta más complicada de lo que ella pensaba. Damon no conocía al hombre, pero vio en él el dolor. Si había salido algo de la terrible tragedia de la muerte de su esposa, era eso, que se había vuelto un hombre compasivo. Reconocía el dolor en los otros y no podía darle la espalda.

Lo avergonzaba pensar que en el pasado solo había pensado en sí mismo y nunca había visto el dolor de nadie.

—No, no lo conocía.

—Parecía perdido —comentó Rachel.

—Su hijo había sido arrestado. No sabía qué hacer. Era un hombre sencillo, un minero.

—Oh, vaya.

Damon no le contó que había llamado en la comisaría desde su teléfono móvil y que su propio abogado estaba de camino para ayudar a ese hombre.

—Creo que todo se arreglará —dijo simplemente.

Ella sonrió, y a él le gustó su sonrisa y deseó verla más a menudo.

Allí estaba de nuevo su necesidad de ayudar a la gente que sufría. Sabía que debía ayudar si estaba en su mano. Había aprendido que la vida era demasiado corta para gastarla en ridículas rencillas entre los Thorton y los Montague. Quizás ellos debieran usar su prestigio para hacer algo realmente noble. Quizás podrían ser modelos de cómo hacer del mundo un lugar mejor.

Poco más de un año antes, había sido un hombre con una vida completa, ocupándose de los negocios familiares, jugando al golf y al polo, saliendo a cenar y a bailar y a galas con su bella esposa, haciendo viajes en yate...

¿Era eso hacer del mundo un lugar mejor?

Un viejo monje, el hermano Raymond, a quien Damon empezó a visitar regularmente tras las muertes de su mujer e hijo, no dejaba de decirle que esperara un milagro, que al final saldría algo bueno de su tragedia. Le había dicho con énfasis que nada en el mundo de Dios ocurría por accidente.

Damon no lo había creído.

Pero esa noche, sentado junto a esa mujer silenciosa a la que no conocía, lo sintió por primera vez. Sintió que se convertía en un hombre más grande y profundo del que era antes. Y sintió que el futuro albergaba promesas y esperanza. Y que de algún modo eso estaba conectado con esa bella y tímida desconocida sentada a su lado.

Capítulo Dos

—Me recuerda a la casita de Blancanieves —comentó Damon cuando los faros de su coche iluminaron la pequeña casa blanca con una pesada puerta de madera.

Rachel adoraba la casita que había alquilado, a un precio muy razonable, a las pocas horas de llegar a Thortonburg. En el pasado debió ser la casa de un jardinero. Estaba en un barrio maravilloso de mansiones regias y antiguas, jardines amplios y árboles enormes. Damon tenía razón, parecía la casita donde se había refugiado Blancanieves.

Pero la sorprendió que un hombre que parecía tan pragmático, tan masculino, hiciera un comentario tan singular. La sorprendió y la agradó. Bryan, el padre de Carly, posiblemente habría pensado que Blancanieves era la marca de un detergente o, peor aún, de una droga ilegal.

Rachel fue a abrir la puerta, pero Damon la detuvo poniéndole la mano en el brazo. A continuación salió, rodeó el coche y se la abrió él mismo.

El gesto debió hacer que ella se sintiera como una reina, pero no fue así. La hizo sentirse como si no estuviera a su altura.

Rachel subió el camino de piedras delante de él y buscó el llavero en el bolso. Pero con suavidad, él se lo quitó y metió la llave en la puerta. De nuevo, la cortesía no fue algo a lo que ella estuviera acostumbrada.

Rachel recordó cuando salía con Bryan. Él ni siquiera había ido a la puerta a buscarla. Siempre la había esperado sentado en su moto brillante, acelerando el motor y tocando el claxon hasta que ella salía.

—Puedo sacar la llave del coche del llavero —sugirió Damon—. De ese modo haré que enseguida te traigan el coche.

—No es necesario. Yo volveré mañana a buscarlo.

—Nada de eso. Yo te convencí de que lo dejaras allí y me ocuparé de que te sea devuelto.

—Gracias. Es el escarabajo rojo que está aparcado justo enfrente de donde estaba el tuyo.

Damon dio un suave empujón a la puerta y el sonido de la risa de Carly se oyó con fuerza. Ese sonido siempre hacía feliz a Rachel. Estaba decidida a que, a pesar de que hubiera nacido de forma ilegítima y su padre la hubiera abandonado, su hija tuviera una infancia mejor que la suya, llena de risas, calor y amor.

No la clase de infancia que tuvo Rachel, que la hizo terminar con alguien como Bryan al estar buscando algo que nunca había tenido y que había creído con su alma y su corazón que existía. Pero cometió el antiguo error de confundir la pasión del impostor con el amor.

¿Seguía creyendo en el romanticismo? ¿Deseaba el amor que parecía tan genuino en otras parejas? No lo sabía.

Además, no tenía tiempo ni energía emocional. Carly se merecía algo mejor que

tener candidatos a papas entrando y saliendo de su vida.

Rachel hizo un gesto a Damon para que entrara a su pequeño vestíbulo, pero él no la siguió inmediatamente.

—¿Tienes un bebé? —preguntó con cautela.

Unas cuantas veces desde que Carly había nacido, le había sucedido eso. Un hombre se interesaba por ella, pero el interés solo duraba hasta que descubría que tenía una niña. Eso le había hecho perder el interés por los hombres.

—Una niña. Tiene veinte meses.

De todos modos, Rachel se recordó que el interés del príncipe Damon de Roxbury era bastante diferente. Como había dicho él, se trataba de rescatar a una dama en apuros. Sería una tonta si pensaba que había algo más. Sus mundos eran distintos. Rachel no era una princesa dormida a punto de ser besada. Era una madre soltera intentando hacer lo mejor para su hija.

Y entonces, apareció Carly, bajando los peldaños sentada, con los rizos rubios alrededor de unas mejillas sonrosadas por el ejercicio y la alegría.

Rachel se puso de rodillas y abrió los brazos.

—¡Mami!

Carly corrió hacia su madre con los brazos abiertos y poco equilibrio. Resbaló sobre la alfombra, empezó a inclinarse y entonces cayó sobre los brazos de Rachel con tanta fuerza que casi la tiró. Riendo y olvidándose de su visitante, ella se dejó llevar por el efusivo recibimiento de su hija. Rachel abrazó a Carly, enterró la nariz en su pelo sedoso, se levantó e hizo girar a la niña hasta que esta gritó encantada.

Pero se detuvo en medio de una vuelta. Él estaba demasiado quieto. Rachel sujetó a su hija con fuerza y lo miró. Damon estaba pálido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Rachel.

Él sacudió la cabeza, como saliendo de un sueño. Carly se inclinó hacia él, con los brazos abiertos y casi tirándose de los brazos de su madre.

Fue una invitación para tomarla en brazos que solo podría rechazar un corazón de hielo. Damon vaciló y luego sonrió, aunque pareció costarle.

—Eres uno de los enanitos, ¿verdad? —preguntó, y aunque no la tomó en brazos, le acarició la mejilla—. Hola. ¿Cuál de ellos eres? Seguro que no eres Gruñón, y tampoco Dormilón. Debes de ser Feliz.

Carly se rió, tomó su mano y le mordió el dedo.

—No se muerde —le riñó Rachel—. Damon, esta es mi hija, Carly.

Damon hizo una reverencia, lo que le encantó a la niña, por no mencionar a su madre.

—Es un placer.

Cuando se enderezó, Carly lo miró muy seria un instante, entonces le pasó los dedos regordetes por la cara, le apretó la nariz y asintió, como dando su aprobación.

—Abajo —ordenó en voz alta.

Rachel la dejó en el suelo y Carly se lanzó corriendo, a punto de caerse varias

veces, hacia su cesta de los juguetes, cuyos contenidos esparció por el suelo sin ceremonias. Con un suspiro, se dejó caer al suelo junto a su montón de tesoros.

—¿Contienes a menudo la respiración? —preguntó Damon.

—Creo que a eso se le llama maternidad. Estaré conteniendo la respiración hasta que cumpla dieciocho años —dijo Rachel, y entonces pensó en su hermana desaparecida, de veintisiete años—. O quizás más.

—Es una niña preciosa —declaró Damon, observando sonriente la energía con la que las posesiones de Carly eran arrojadas de nuevo a la cesta.

—Gracias.

Damon vaciló.

—¿Y el padre?

—Lo último que supe es que estaba en Canadá.

—Lo siento.

—Yo no. Las dos estamos mejor sin él —declaró Rachel, desafiante.

No quería la compasión de Damon. Él había dejado de mirar a Carly y estaba observando su pequeño salón con interés. Y aunque su rostro era inexpresivo, sin duda él aparcaba su coche en un espacio mayor.

La mayoría de los muebles que había en la casa cuando la alquiló, eran humildes, pero Rachel adoraba la atmósfera acogedora que había creado con unos cuantos jarrones de flores secas, cuadros alegres, pequeñas cestas de mimbre conteniendo libros y papeles, y la cesta mayor, a la única que llegaba Carly, donde estaban sus juguetes.

En una esquina estaba lo único de valor, el ordenador donde escribía Rachel.

La mujer que había cuidado a Carly, una señora mayor que vivía en la propiedad principal, bajó los escalones. Unos cuantos mechones de pelo gris habían escapado del moño, tenía las gafas torcidas, el jersey deformado en el dobladillo y no parecía tan entera como cuando llegó unas horas antes.

—Dios mío —declaró la señora Brumble—, tiene mucha energía. Nunca he visto un bebé de esa edad tan enérgico.

—Señora Brumble, ¿se ha portado mal? —preguntó Rachel al ver el aspecto desaliñado de su digna casera.

—No, no. Ha sido exigente, curiosa por todo —la mujer se detuvo, suspiró y sonrió—. Pero en serio, adoro a los niños y la cuidaré siempre que haga falta.

—Muchísimas gracias —dijo Rachel de corazón.

La vida desde la llegada de Carly se había vuelto más dura. Bryan había dejado claro que no quería tener nada que ver, y luego había muerto su madre. Y en ese momento, su hermana había desaparecido.

Pero parecía que cuanto más dura se volvía la vida, más amable era la gente que encontraba en su camino.

La señora Brumble miraba a Damon con interés.

—¿No es usted ese muchacho Montague?

Damon sonrió.

—Sí, soy yo.

La señora Brumble le ofreció la mano y él la estrechó con afecto.

—Soy Eileen Brumble. He tomado el té con su madre, la princesa Nora, varias veces cuando he ido a Roxbury. Las dos pertenecemos a la Asociación contra el Cáncer. También conocí en una ocasión a su encantadora esposa. Sentí mucho la horrible tragedia.

—Le daré recuerdos a mi madre —respondió Damon.

Rachel se dio cuenta de que su casera se movía en los mismos círculos que él, entre duques y duquesas, marqueses y condes. ¡Y había pedido a alguien de esa categoría que cuidara a su hija!

El vestíbulo era demasiado pequeño para todos ellos, así que Damon entró al salón mientras la señora Brumble se preparaba para marcharse y Rachel se quitaba la chaqueta. Debajo llevaba un jersey blanco a juego con la falda, algo que decididamente llevaría una vieja bibliotecaria a una reunión de la iglesia.

Quizás ella supiera que la vida no era un cuento de hadas, quizás hubiera hecho voto de castidad hasta que Carly fuera mayor, pero también sabía que no había ninguna mujer que pudiera estar con un hombre atractivo y no quisiera tener su mejor aspecto.

Cuando la puerta se cerró tras la peculiar niñera, Rachel se dio la vuelta y encontró a Damon estudiando un cuadro que, de repente, a ella le pareció barato y hortera, no divertido y alegre.

La señora Brumble volvió a asomar la cabeza por la puerta y la llamó en un susurro.

—No dejes que se te escape, niña.

Fue un comentario embarazoso, pero también amable. La hizo sentirse como si las barreras sociales entre ellos no fueran tan importantes.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿Te apetece un té? —preguntó, aunque en el fondo estaba segura de que él diría que no y solo estaba esperando una oportunidad para decir adiós.

No volverían a verse. No era un buen final para un cuento de hadas, aunque sí era realista. Pensar en no volver a verlo llenó a Rachel de una extraña tristeza. A pesar de su clase, parecía algo poco común: un buen hombre.

—Me encantaría —respondió él girándose y mirándola.

—Entonces dame el abrigo.

Él se lo quitó y, durante un instante, Rachel lo miró fijamente, con el abrigo suspendido en el aire entre ellos.

La prenda había ocultado gran parte de su atractivo masculino. Damon Montague emitía una sensualidad casi eléctrica. Llevaba una camisa blanca inmaculada, de seda; en algún momento durante la noche había debido de quitarse la corbata y la americana. La camisa estaba desabrochada en el cuello, por donde asomaba un poco

de vello oscuro, y enrollada en las mangas, mostrando sus antebrazos fuertes y musculosos.

La parte apasionada de Rachel, que tan a menudo había aflorado en el pasado, apareció de nuevo, justo cuando ella había creído dominarla. Pero allí estaba esa sensación en su estómago, ese deseo que le dejaba la boca seca. Agarró de un tirón el abrigo de Damon y se dio media vuelta. Sentía las mejillas ardiendo. Tardó mucho tiempo en colgar el abrigo en la percha. Incluso cuando terminó, se quedó unos instantes detrás de la puerta abierta del armario, con miedo a salir, con miedo de que lo que estaba sintiendo se viera reflejado en su cara.

—El cuadro es muy bueno. ¿De dónde lo has sacado?

—De un mercadillo —contestó Rachel, cerrando la puerta de golpe.

—Una buena compra —dijo Damon, y entonces la miró con seriedad—. Dime si estoy siendo demasiado impertinente, ¿pero es difícil ser madre soltera?

—Al menos es anónimo.

Él pareció sorprendido y luego sonrió. Eso le quitó años de encima y lo hizo parecer incluso más guapo.

—Tienes razón. No es tan divertido como se pueda pensar que te reconozcan en todas partes y que tus problemas familiares anden en boca de cualquier sargento Crenshaw y señora Brumble —volvió a sonreír, de forma infantil y encantadora—. Por otro lado, si pertenecer a la realeza es mi mayor problema, deberías acercarte y darme una bofetada por quejarme.

—No creo que mi vida sea tan difícil como tú imaginas —afirmó Rachel con dignidad—. He disfrutado de cierto éxito como escritora. Acabo de terminar un libro que he escrito sobre niños. Si se publicara, me daría mucha libertad —explicó, sonrojándose al instante, ya que no le había contado a nadie lo del libro—. Por supuesto, hay aspectos duros al criar sola a una niña. Pero hay otras cosas maravillosas que compensan cualquier desafío.

Damon miró a la niña, ocupada de nuevo vaciando la cesta que acababa de llenar.

—No tengo que preguntar qué es lo bueno, ¿verdad? ¿Y lo duro?

—En realidad creo que las mismas dificultades que cualquiera. Nunca hay bastante tiempo ni dinero —explicó, y entonces se dio cuenta de que él no podía tener ese tipo de problemas—. ¿Tienes hijos?

Él la miró.

—Mi esposa, Sharon, estaba embarazada de nuestro primer hijo. Un niño. Los dos murieron.

—¡Oh, Damon! Lo siento muchísimo —declaró Rachel visiblemente emocionada—. No debí preguntar.

—Sinceramente, es un alivio cuando alguien no lo sabe. Como te dije, todo el mundo parece saberlo todo sobre mí. Algunas veces veo en una revista algo sobre mi vida que ni siquiera yo conozco.

—Yo no las leo. No tengo televisión. No sé nada de ti que no sepas tú.

Él se rió.

—Vamos a tomar el té. Y luego quiero hacerte algunas preguntas sobre tu hermana.

Rachel se marchó y él sacó su teléfono móvil para llamar a Phillip. Le dijo dónde estaba y le pidió que fuera a recoger la llave del coche de Rachel.

Cuando guardó el teléfono, se dio media vuelta y casi tropezó con la niña vestida de rosa.

—No deberías fisgonear —la riñó.

Ella lo miró y movió las pestañas que rodeaban unos ojos del mismo tono verde que los de su madre. La ropa que llevaba la hacía parecer un osito de peluche.

—No intentes engatusarme —dijo Damon—. No funcionará.

Ella se rió y levantó los bracitos hacia él.

—Arriba.

Damon la miró. Tenía que elegir entre tomarla en brazos o llamar a su madre en busca de ayuda.

La tomó en brazos y entonces notó un fuerte olor procedente de la adorable personita.

De algún modo, cuando había imaginado su paternidad perdida, solo había pensado en momentos mágicos: leer a su bebé un cuento, besarlo en la cuna...

Por supuesto, con tantos empleados, ni él ni Sharon habrían tenido que ocuparse de otra cosa.

Y entonces pensó que se habrían perdido algo muy, muy importante.

Y, al tomar a la niña en brazos, pensó que en su interior se haría añicos y que sentiría un profundo dolor al pensar que nunca tendría así a su propio hijo.

Pero no fue así como se sintió.

En lugar de eso, el peso de la niña le resultó cómodo; su calor, e incluso el olor, hicieron que su corazón se sintiera de una pieza.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y se metió el dedo en la boca, cerró los ojos y en segundos se quedó dormida.

Así de fácil.

Damon se quedó quieto como una piedra, sin estar seguro de qué hacer, sin saber qué había hecho para que la niña confiara en él de ese modo y sin saber bien qué era esa ternura que parecía estar llenando el centro de su pecho.

Miró los rizos dorados, las pestañas y las mejillas gordezuelas.

Era como su madre. Y el pelo se le oscurecería y se le pondría como a ella.

La niña suspiró y, al hacerlo, unas burbujitas salieron de sus labios. Damon se relajó, miró a su alrededor y volvió a sorprenderse de lo pequeño que era ese lugar.

Y también se maravilló del modo en que Rachel lo había hecho parecer encantador con adornos personales. Nada en la habitación era caro, pero aun así era más acogedora que ninguna de las que conocía.

Exceptuando el cuarto de los niños de su casa.

Damon apartó el pensamiento y entonces sonó la tetera. Oyó a Rachel canturreando y de pronto, se le ocurrió algo:

«Cásate con ella».

Era una idea ridícula. Un hechizo causado por el duendecillo que estaba llenando de babas su camisa.

¿Era tan ridícula?

Sus padres lo estaban presionando para que encontrara una esposa.

Y a él le gustaba esa mujer más que ninguna de las que había conocido. En poquísimos tiempo, ella se había ganado su respeto. Parecía una mujer capaz, amable y valiente.

Y él tendría la oportunidad de hacerle a alguien un favor. ¿Quién si no Rachel merecería la oportunidad de una nueva vida en la que pudiera tener tiempo y dinero y pudiera mimar a su niñita?

Solo sería un matrimonio de nombre. Su corazón no podía dar otra cosa. Pero sus padres no lo sabrían y tampoco sus compatriotas. Ellos solo verían lo que querían ver. Si él les proporcionaba una bella novia, ellos seguirían con el cuento de hadas.

Rachel volvió a la habitación con la bandeja del te. Miró a Damon con la niña dormida y movió la cabeza.

—Podía haber hecho eso con la pobre señora Krumble —dejó la bandeja y tomó a la niña. Rachel arrugó la nariz—. ¿No sabes cómo causar buena impresión? —riñó a la niña dormida antes de desaparecer por otra puerta.

Damon sintió los brazos extrañamente vacíos cuando Carly se fue. Rachel volvió unos minutos.

Después, con la niña aún dormida y llevando con ella el maravilloso aroma a talco. Dejó a Carly suavemente en un parque en una esquina de la habitación y la tapó con una manta.

Damon se preguntó si esa sería la cama de la niña y pensó en la cuna vacía en su casa, un mueble maravilloso que no se usaba.

—Siéntate —dijo Rachel.

Él se sentó en el sofá y ella en la silla frente a él. Sirvió té en unas tacitas preciosas y desiguales, que posiblemente también serían del mercadillo.

Damon miró a la niña dormida y se sorprendió de notar que acababa de conocerla y deseaba ciertas cosas para ella. Mejor aún, no deseaba ciertas cosas. No quería que creciera llevando ropa de segunda mano de mercadillos y no quería que durmiera en un parque en lugar de en una cuna.

Y también había cosas que no deseaba para Rachel. La oferta de trabajo de Crenshaw lo preocupaba. No quería que madrugara y se despidiera de su niña para estar bajo las órdenes de alguien como Crenshaw.

Volvió a pensar lo mismo. «Cásate con Rachel».

Aunque también había muchas otras cosas que podía hacer si quería ayudar a Rachel y a Carly. Podía enviarles la cuna de forma anónima junto con un cheque

generoso.

Sí, eso estaría bien.

Y entonces, al encontrarse mirando los labios de Rachel, se recordó con dureza el motivo de haber ido allí.

Se preguntó cómo podría preguntarle con delicadeza si ella y su hermana eran hermanas de sangre. De ser así, la hermana desaparecida no podría ser la hija ilegítima del Gran Duque de Thortonburg.

—Hablame de tu hermana —empezó Damon—. ¿Qué te hace pensar que ha desaparecido?

Rachel suspiró y metió los pies bajo ella. El suelo estaba frío. Damon intentó no pensar en la niña jugando en ese suelo. Intentó no pensar en Rachel abriendo la factura de la calefacción con angustia.

—No estamos ahora tan unidas como antes —admitió—. A Victoria no le gustaba Bryan, el padre de Carly, y eso alzó una barrera entre nosotras. E incluso más cuando se vio que ella tenía razón. Aun así, siempre nos hemos escrito y llamado, aunque no tan regularmente. Creo que entiendo que la policía sea escéptica. En realidad, es solo un presentimiento... que algo va mal y mi hermana tiene problemas. Siempre hemos sido así... hemos estado muy sintonizadas.

Damon escuchó atentamente mientras ella hablaba. Nada de lo que dijo indicó que fueran otra cosa que hermanas. Pero él notó algunos matices sutiles en la conversación que le indicaron que el padre prefería a Rachel y la madre a Victoria. ¿Por qué?

Damon le pidió ver una fotografía de Victoria y Rachel sacó una de una estantería. La miró con una sonrisa tierna, le limpió el polvo con la manga y se la dio.

Damon intentó mantener el rostro inexpresivo. Victoria era puro fuego comparada con Rachel.

Era preciosa, con una melena oscura y vibrantes ojos azules. Su sonrisa era algo diabólica.

Y como hacía poco que él había estado con Roland Thorton, vio inmediatamente el parecido. No eran solo el pelo y los ojos, sino también el modo en que los labios se curvaban hacia arriba, el modo en que inclinaba la ceja y levantaba la cabeza. Eran la nariz recta y el ángulo de los pómulos. Su parecido a la familia más famosa de la isla era impresionante. Se preguntó si la gente no se habría parado por la calle para mirarla.

Victoria... ¿Sería un derivado del nombre de su verdadero padre, Víctor Thorton, el gran duque de Thortonburg? Eran sospechas que no quería compartir con Rachel. Y especialmente porque, si estaba en lo cierto, lo siguiente sería que su adorada hermana en realidad habría sido raptada.

Le pareció que a Rachel la esperaban tiempos difíciles y quiso saber qué clase de apoyo tenía.

—Hablame de tus padres.

—Mi madre murió hace poco —dijo casi sin voz, aunque consiguió continuar—. Odio decir esto. Y tú pensarás que es horrible que diga algo así de mi propio padre. Posiblemente moriré de culpa. Aunque siento que si no se lo digo a alguien, voy a reventar.

—Cuéntamelo, Rachel.

Ella vaciló y se miró las manos.

—Creo que mi padre puede tener algo que ver con la desaparición de Victoria. ¿No es horrible? —preguntó mirando a Damon con ojos angustiados.

En toda su vida, Damon no había conocido mayor poder que la intuición de esa mujer. Y en ese momento supo que en realidad ella iba a pasar por todo aquello sola, sin madre, sin padre y sin hermana.

Allí estaba el milagro del que siempre le había hablado el hermano Raymond. Ella había aparecido en su vida cuando más la necesitaba.

Damon cerró los ojos y organizó sus pensamientos. Volvió a abrirlos y la miró. Miró en lo más profundo de sus ojos, en su alma, y supo que quizás eso no tuviera sentido. En realidad no la conocía. Había pasado muy poco tiempo e incluso el hermano Raymond le diría que tuviera cuidado.

Pero su corazón le decía que era lo correcto.

—Rachel, ¿te casarías conmigo?

Y, extrañamente, Damon sintió como si su alma hubiera echado a volar.

Capítulo Tres

La taza de té cayó de la mano de Rachel y el líquido caliente se derramó por su falda blanca. La taza fue directamente al suelo y se hizo añicos.

—Soy una torpe —dijo, sin mirarlo a la cara—. Me pareció que habías dicho...

Se calló. Era demasiado ridículo repetir lo que le había parecido entender. Damon se moriría de risa.

—Lo he dicho —confirmó Damon—. Lo siento. Te he pillado desprevenida.

Entonces ella lo miró y empezó a temblar.

—¿Lo... lo has dicho? ¿Me... me... has pedido que me ca... case contigo?

—Oh, Rachel, te he alterado. Ve a cambiarte y yo me ocuparé del suelo. Estoy seguro de que con una niña pequeña hay que tener cuidado con estas cosas, ¿verdad? ¿Dónde está la escoba? ¿O tienes aspiradora? Eso será mejor.

Su preocupación por Carly la conmovió, incluso a pesar de estar atontada. Quería preguntarle por qué la había pedido en matrimonio, pero al mismo tiempo necesitaba unos momentos a solas.

En una neblina se levantó y lo llevó al armario donde estaba la aspiradora. Lo dejó allí, mirando, obviamente sin saber cómo funcionaba una aspiradora. Rachel miró por encima de su hombro antes de subir las escaleras.

Y entonces supo lo que había sucedido realmente.

Le había fallado la cabeza.

Por supuesto. Damon Montague no estaba de pie en el centro de su salón intentando averiguar cómo funcionaba una aspiradora. Y aunque así fuera, no la había pedido en matrimonio.

Entonces él la miró y sonrió.

Una sonrisa blanca y radiante que le iluminó los ojos desde dentro, una sonrisa que pareció más real que nada de lo que ella había experimentado en toda su vida.

La cabeza no se iba así de fácil, ¿verdad? Antes daba algún aviso y además la suya parecía ser una mente fuerte y práctica. La había necesitado durante toda su vida, con su madre tan débil y su padre y Victoria siempre peleando. La había necesitado cuando su padre le había dicho que se librara del bebé cuando ella más había necesitado su apoyo.

Rachel llegó a su habitación, en lo alto de las escaleras, y pensó que su historial familiar debería ser suficiente para que Damon reconsiderara su propuesta.

Pero él ya conocía algunas cosas, y también que había tenido una hija fuera del matrimonio. Y eso no lo había disuadido.

Con el ceño fruncido, Rachel se quitó la falda y le echó agua fría a la mancha, intentando no pensar en el dinero que le había costado. La mancha parecía rebelde y ella no supo hasta dónde llegaba el protocolo. ¿Debía dejar a un príncipe esperando en el salón mientras ella intentaba quitar una mancha de una falda nueva?

Oyó el ruido de la aspiradora.

Y tuvo la sensación de que la limpieza tampoco era algo protocolario.

Trabajar en algo tan mundano y corriente como intentar quitar las manchas de la falda, le aclaró la cabeza. La fuerza volvió a sus piernas y su corazón se calmó. Escurrió la falda y la colgó con cuidado sobre la barra de la ducha.

¿Por qué la había pedido a ella, entre todas las mujeres, en matrimonio? ¡La conocía desde hacía menos de una hora! Parecía ser un hombre muy sensato. ¿Qué tenía en la cabeza?

Rachel abrió el armario y buscó entre su escaso vestuario. No tenía ningún sentido fingir ser algo que no era, así que sacó unos pantalones vaqueros desteñidos pero limpios, y se los puso sobre sus esbeltas piernas y caderas.

Vio su imagen reflejada en el espejo junto a la puerta y se detuvo. Le pareció que parecía más joven de lo que se sentía, especialmente con pantalones vaqueros. Se metió el pelo por detrás de las orejas y se miró la cara. Sus ojos se veían enormes y la piel muy pálida.

Una mujer debería estar maravillosa en el momento de su primera proposición de matrimonio, ¿verdad? Rachel se sentó en la cama. Obviamente, no era esa clase de proposición. Él debía tener algún plan en mente.

Damon no era el príncipe que se había enamorado al instante de Cenicienta en el baile. Se trataba de algo distinto, y el único modo de que ella lo averiguara era bajando las escaleras.

Escuchó el ruido de su vieja aspiradora y se imaginó a Damon pasándola. Era un hombre tan seguro de sí mismo que imaginó que podría hacer cualquier cosa sin parecer fuera de lugar o ridículo.

Se dijo que apenas lo conocía. Aunque de nuevo las acciones hablaban más que las palabras, y sí sabía cosas importantes sobre él, sabía que era un hombre amable, una buena persona.

La aspiradora dejó de sonar. Oyó las ruedas recorrer el suelo mientras Damon la devolvía al armario. Respirando profundamente, Rachel se levantó y se miró al espejo una vez más.

Se vio delgada, cansada, asustada. Más bien un perrito abandonado que una damisela en apuros.

Volvió a respirar profundamente, abrió la puerta y bajó los peldaños hacia su futuro.

Damon volvió a guardar la aspiradora en el armario. No sabía cómo había podido guardarla Rachel allí. El tubo no dejaba de salirse por la puerta, y entonces pensó que su vida carecía de esas pequeñas experiencias que para otras personas eran normales.

Tras conseguirlo al fin, se inclinó sobre Carly y la miró. De vez en cuando chupeteaba ruidosamente su pulgar y suspiraba dormida. La aspiradora había parecido un tren, pero ella había seguido dormida.

Damon oyó un ruido detrás de él y se giró. Rachel estaba bajando las escaleras, despacio, con la mano en la barandilla.

Llevaba pantalones vaqueros y el mismo jersey blanco. A primera vista parecía una esbelta adolescente, pero había en ella algo profundo. Damon notó una gracia innata en el modo de moverse, la forma orgullosa de levantar la cabeza, el encanto de sus enormes ojos.

Parecía una princesa más que cualquier mujer de las que él había conocido, y había conocido a muchas de sangre real.

Algo salvaje despertó en él. Pensó en ir al pie de las escaleras, tomarla en brazos y darle vueltas por la habitación hasta que riera igual que había hecho la niña cuando su madre la había levantado.

La miró y vio que sus ojos estaban muy grandes y brillantes, y supo que era por el miedo. Decidió que no era el momento de ahondar en su lado salvaje y ser tan insensible.

Así que se quedó donde estaba, lejos de ella.

—Siéntate, Rachel. Traeré el té —le dijo con suavidad.

Ella pareció a punto de protestar, pero no lo hizo. Tenía la cara tan pálida que él no creía que pudiera aguantar de pie mucho más. Así que Damon se llevó la bandeja del té y fue a la cocina.

Era la cocina más pequeña que había visto. En realidad no sabía preparar té, pero si había conseguido pasar la aspiradora, también se las arreglaría.

Después de mirar la tetera unos instantes, pensó que hacía falta agua caliente y, por lo que él sabía, del grifo salía agua muy caliente. Levantó la tapa y vio, para su alivio, que aún estaban las bolsas. Abrió el grifo de agua caliente y llenó la tetera. Aún quedaba leche y azúcar en la bandeja, así que solo necesitaba una taza más. Vacilando, abrió un armario.

Todo estaba colocado y ordenado, con el espacio aprovechado al máximo. El armario que abrió contenía alimentos, así que lo cerró y abrió el siguiente. Allí encontró tazas y platillos, todos diferentes, y sacó uno de cada para reemplazar a los que se habían roto.

Cargó la bandeja y abrió la puerta con la cadera.

Ella estaba en la puerta principal hablando con su ayudante, Phillip Page. Los ojos de Phillip recorrieron la pequeña habitación y descansaron momentáneamente en el bebé, y luego se fijaron en él, que llevaba la bandeja.

Phillip abrió mucho los ojos, pero hizo un saludo con su sombrero.

—Buenas noches, señor.

Damon dejó la bandeja en la mesa, sacó la llave del coche de Rachel, se la dio a Phillip y luego cerró la puerta detrás de él. Ella lo miró. Su cara no estaba tan pálida. Estaba sonriendo un poco. Realmente parecía una adolescente. Si levantara los brazos, él podría verle el ombligo, y pensar en ello le dejó la boca seca.

—Parece que tus empleados no están acostumbrados a verte servir el té.

—Menos mal que no llegó cuando estaba pasando la aspiradora.

Ella se rió.

—Gracias por hacer que Phillip recoja mi coche. Cuando se lo describí, dijo que era como uno que él tuvo hace años.

Rachel había averiguado más cosas sobre Phillip en treinta segundos que él en tres años.

Damon pensó que ella podría enseñarle muchas cosas sobre la vida y la gente. Cosas que él necesitaba saber si quería ser efectivo, responsable y compasivo cuando ocupara el papel de su padre como dirigente de la pequeña isla de Roxbury.

Y tenía la sensación de que encontrar a Rachel no había sido algo accidental, sino parte de la disposición del universo.

Se sentaron y, esa vez, ella lo hizo en el sofá, a su lado. Él sirvió el té. Ella tomó la taza al instante entre sus manos, como buscando alivio en su calor.

Él bebió de su taza y casi se puso bizco. Estaba horrible. Entonces le quitó a Rachel su taza.

—No lo tomes. Confieso que lo he hecho con agua del grifo.

—Nunca habías hecho té antes, ¿verdad?

—No.

En ese momento, el armario de la aspiradora se abrió y el tubo se salió.

—Ni habías pasado la aspiradora —sonrió Rachel, y de cerca, él notó los dos dientes frontales un poco torcidos.

—No, pero no seas duro conmigo, Rachel. Tengo algunas cualidades excelentes.

Ella lo miró recelosa.

Él pensó qué decirle. Sospechaba que sus habilidades jugando al polo o al golf no la impresionarían. Y tenía que demostrarle que, en el fondo, era humano, como ella. Tenía que enseñarle que podían reír juntos.

—Puedo hacer malabarismo —dijo.

Y le agradó ver la sorpresa y alegría en los ojos y la sonrisa de Rachel.

—No lo creo.

—Sí. Cuatro objetos a la vez. ¿Quieres una demostración?

Ella miró preocupada sus tazas de té.

—Aún no. Damon, por favor, dime lo que tienes en la cabeza. Por favor.

—Sé que te he sorprendido y me disculpo. Debí haberlo dicho con más cuidado. Pero me pareció la solución perfecta para los dos y, aunque normalmente soy un hombre controlado, dije lo que pensaba. Me disculpo de nuevo por haberte sobresaltado.

Rachel hizo un gesto con la cabeza, aceptando sus disculpas.

—¿Una solución perfecta para los dos? Pero yo no tengo ningún problema que necesite solucionarse, aparte de la desaparición de mi hermana.

Damon se sintió conmovido al ver que ella no consideraba un problema criar sola a una hija.

—Yo sí. Tengo un problema —Damon respiró profundamente—. Debo casarme. Mi condición me lo exige. Me dieron un año de luto y ahora se espera oficialmente

que cumpla con mi obligación y dé un heredero a Roxbury.

—¿Un heredero? —Rachel se puso colorada.

—No te estoy pidiendo eso —se apresuró a aclararle Damon.

—¿Y cuántos modos hay de que tengas un heredero? —preguntó Rachel con inocencia.

—No tengo intención de tener ninguno. Solo necesito una esposa. Solo nominal.

—Entiendo. Así parecería que estás haciendo todo lo posible por tener un heredero.

—No estoy preparado para nada más —admitió Damon—. Y ya estoy cansado de ser bombardeado con candidatas. No quiero reemplazar a Sharon ni a mi hijo, como si no hubieran significado nada.

—¿Y cómo se llamaba él? —preguntó Rachel con infinita suavidad.

—Íbamos a llamarlo Samuel. Los dos murieron poco después del nacimiento.

—Oh, Damon, nadie puede decirte cuándo debes superar una tragedia así. Necesitas tomarte tu tiempo.

—Lo sé. Y aparentemente tú también. Pero mis padres son mucho más rígidos. A mí siempre me han enseñado que lo primero es Roxbury y lo segundo los asuntos personales.

—Es la peor razón que nunca he oído para casarse —declaró Rachel.

Él la miró.

—Mi matrimonio con Sharon fue concertado. Sabíamos desde pequeños que nos íbamos a casar y, por suerte, nos teníamos cariño. Ese cariño fue creciendo a medida que pasó el tiempo.

—Damon, no tienes que volverte a casar. Hay muchas alternativas.

—Nombra una.

—De acuerdo —Rachel frunció el ceño concentrada, y entonces su rostro se iluminó—. ¡Escápate! Únete al circo. Después de todo, eres malabarista.

Él la miró y sonrió, pero no dijo nada.

—No puedes, ¿verdad? —añadió Rachel con tristeza.

—Físicamente, sí. Mentalmente, a veces lo deseo. Pero de vez en cuando tengo la impresión de formar parte de un gran plan y entiendo que estoy donde debo estar, que tengo ciertas responsabilidades de las que no puedo escapar. Mis padres me conocen bien y saben que haré todo lo posible por hacer honor a lo que se espera de mí. Han empezado a ejercer presión, a veces de forma sutil y otras no tanto. Me han presentado un número increíble de mujeres jóvenes en los últimos meses.

—¡Seguro que cualquiera de ellas sería más apropiada que yo! ¡Por Dios, me has conocido en una comisaría! ¿Cómo crees que reaccionarían tus padres a eso?

—Lo veremos cuando te los presente —declaró Damon de buen humor.

—Si me los presentas... —replicó Rachel—. ¿Por qué no te casas con una de las otras?

—Porque estoy seguro de que esperaré lo mismo que mis padres.

—En otras palabras, esperarían que el matrimonio fuera verdadero.

—Sí.

—Damon, yo no he planeado casarme. Tengo un gusto terrible en lo referente a hombres y no sé llevar una relación. Y siempre voy a intentar hacer lo que sea mejor para mi hija.

—Perfecto. ¿No lo ves? Podrías darle a tu hija toda la categoría y protección de un matrimonio sin los problemas emocionales. Por eso pensé que sería una buena opción para los dos. En cierto modo es una especie de trato de negocios. Nunca volverías a necesitar nada, y tampoco tu hija.

—Damon, hay un problema. No nos conocemos. Yo no te conozco.

—Mírame y dime que no me conoces.

Pero ella apartó la mirada. Una mano fuerte en la barbilla la obligó a mirarlo.

—¿Qué ves? —preguntó él despacio.

—Un hombre bueno y decente —respondió Rachel—. Eso veo.

—Gracias. Es agradable no ser visto como el príncipe Damon de Roxbury, un buen partido.

—No tienes tu propia vida. Yo soy más libre que tú —dijo Rachel, dándose cuenta de pronto.

—Tú podrías cambiar eso, Rachel.

—Casándome contigo —añadió ella.

Él asintió.

—Así es. Solo de forma nominal. Mis padres lo aprobarían, lo sé. Sé que todo el país te adoraría.

—¿Por qué lo aprobarían tus padres? ¿Porque ya he demostrado que puedo tener un hijo? Antes o después tus padres querrían saber la razón de que no llegara ese heredero.

—Rachel, yo no deseo tener más hijos. Mi hermana se casará y su hijo puede ser el heredero, algo que mis padres aceptarían con el tiempo.

—¿Cómo es tu hermana?

—Es una renegada y un espíritu libre, cualidades que son a veces encantadoras y a veces molestas. A pesar de todos mis esfuerzos por ejercer mi autoridad de hermano mayor y protegerla, nunca he visto a Lily no hacer exactamente lo que ella desea.

—Suenas parecida a mi hermana. Fuerte, segura de sí misma... —Rachel notó la melancolía en su tono y habló con firmeza—. Damon, yo no procedo de tu mundo. No encajaría —dijo, aunque sin poder evitar pensar en la vida que se le ofrecía y lo que significaría para Carly.

—Por favor, Rachel, no digas que no sin pensarlo. Aunque de todos modos, sea cual sea tu respuesta, quiero que sepas que voy a hacer todo lo que esté en mi poder para ayudarte a encontrar a tu hermana.

Su poder. Toda su vida, ella había carecido de eso, y él se lo estaba ofreciendo. Un poder sustancial, no solo para ella, sino para Carly.

¿Por qué no decirle que sí?

Así no tendría que buscar trabajo ni correr todos los días al buzón, poniendo sus esperanzas en el sueño de vender un libro, aunque ese sueño podría no hacerse realidad nunca. Pensó en poder estar con Carly mientras crecía. No tendría que mirar con envidia los escaparates donde había lindos vestiditos que su hija nunca tendría.

Pensó en forjar una buena amistad con ese hombre. Tendría estabilidad. Para una madre joven que había cargado con todas las responsabilidades, sería agradable tener un amigo en el que apoyarse. Y Rachel estaba segura de que serían buenos amigos.

—¿Lo pensarás?

Ella asintió con la cabeza.

—Mañana vendré sobre las diez. Iremos a casa de tu hermana a hacer algunas preguntas. No estoy seguro de que ese Crenshaw vaya a hacerlo. Y luego iremos a comer y discutiremos este otro asunto.

—No tengo niñera. Y no puedo pedirle tan pronto a la señora Brumble que se quede con Carly.

—¿Una niñera? ¿Por qué no traes a Carly?

Ella lo miró. ¿Lo decía en serio? ¿Estaba preparado para incluir a la niña en su amistad?

—¿Llevar a Carly?

—Considerando lo que te acabo de pedir, ¿no crees que debería conocerla mejor?

Ella lo estudió. Parecía que realmente quería conocerlas, y no solo hacer lo correcto para satisfacer a sus padres y luego dejarlas a las dos en una esquina de su castillo.

—¿Vives en un castillo?

—Me temo que sí.

—¡Oh!

—¿Mañana a las diez? No te presionaré para que me des una respuesta, Rachel. Te lo prometo.

—Gracias.

Y entonces él se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Y ella sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho.

Lo miró fijamente. ¿Podría ser eso suficiente para él? ¿Realmente la encontraba tan poco atractiva que podía pensar en estar toda una vida casados sin poseerla en el amplio sentido de la palabra?

En cuanto besó su mejilla, Damon supo que había cometido un error.

¿Cómo podía pensar en una vida a su lado viendo sus enormes ojos verdes sin desearla ni tenerla?

Sabía que debería haber escuchado a la vocecilla que le advirtió que fuera cauteloso y pensara bien las cosas.

Pero él nunca había actuado de modo impulsivo, su vida había sido meticulosamente planeada y no lamentaba ese pequeño desliz de su corazón.

Y, por supuesto, ella le diría que no.

¿Qué mujer en su sano juicio aceptaría?

Y no sabía si se sentiría aliviado o triste cuando ella le dijera que no. Pero hasta que le diera la respuesta, pensaba disfrutar a su lado.

Y así, aunque la sensatez le decía que no debía, después de besar su mejilla, le dio un fugaz beso en los labios.

Y la sensación fue más embriagadora que una copa de buen vino.

La miró. Estaba perpleja.

—Hasta mañana, Rachel.

Se dio la vuelta y sacó su abrigo del armario. Se lo echó a un brazo y salió por la puerta, cerrándola muy despacio para no despertar a la niña.

Decidió quedarse en un hotel y pasó despierto casi toda la noche, dando vueltas, pensando en lo que había hecho.

Rachel también estaba despierta en la cama, preguntándose qué hacer, preguntándose hacia dónde la llevaba la vida. Escuchó la lluvia caer con fuerza sobre el tejado.

Una y otra vez se dijo que no, no, no...

Cuando él llamó a su puerta por la mañana y ella la abrió, vio que la lluvia de la noche había cesado, pero las calles estaban llenas de neblina. La neblina parecía rodear a Damon sin llegar a él y fue como si un rayo de luz lo iluminara.

Le pareció que ese era su mundo, un lugar brumoso donde el futuro parecía nebuloso. Y que Damon podría enseñarle su camino.

Entonces, él sonrió.

Y la palabra salió del corazón de Rachel, traspasó su alma y dejó a un lado su sentido común.

Mirándolo a los ojos, la palabra asomó a sus labios y salió por su boca, sorprendentemente fuerte y segura.

—Sí.

Capítulo Cuatro >

Rachel supo que lo había pillado desprevenido.

—¿«Sí»? —preguntó—. ¿Quieres decir...?

—Quiero decir que me casaré contigo, si aún lo deseas.

Durante un momento, a Rachel le entró el pánico. Seguro que ya no lo deseaba. Había tenido toda la noche para pensarlo. Habría cambiado de opinión. Habría recuperado el juicio.

Damon Montague estaba vestido de forma más informal, y aun así irradiaba presencia. Llevaba unos pantalones azul marino, un suave jersey de lana gris y una cazadora de cuero negra. Esa ropa, claramente muy cara, hacía parecer barato y vulgar lo que llevaba Rachel, aunque se había sentido muy bien momentos antes al mirarse en el espejo, con su peto vaquero y una blusa estampada debajo.

Podía oler el cuero de su cazadora y deseó enterrar en ella la nariz y ocultar sus ojos cuando él le dijera que se lo había pensado mejor.

Pero en lugar de eso, observó fascinada el modo en que se iluminaron los ojos de Damon, y luego, una sonrisa. ¡Pareció alegrarse de que ella, Rachel Rockford, le hubiera dicho que sí! Pareció a punto de levantarla en brazos y dar vueltas y vueltas.

Damon tomó su mano y se la llevó despacio a los labios.

—Gracias.

Ella dejó la mano en los labios más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Y cuándo crees que podríamos... casarnos? —preguntó Rachel.

—Creo que lo antes posible. Mis padres querrán que sea todo un acontecimiento.

—¡No!

—Eso me pareció que pensarías.

—¿No podríamos hacerlo en la intimidad? —preguntó Rachel.

—Esperaba que lo dijeras.

—De momento, a mí me gustaría ocultárselo a todo el mundo excepto a tus padres —declaró Rachel—. No quiero que mi hermana, esté donde esté, lo lea en una revista. Quiero decírselo yo misma.

—Me parece una idea maravillosa. Creo que, dada la presión que suele hacer la prensa sobre los nuevos miembros de la familia real, te iría bien algo de tiempo para prepararte, en lugar de salir a la palestra inmediatamente.

—Me parece bien —dijo Rachel débilmente.

Ella iba a ser miembro de una familia real. Necesitaba tiempo para adaptarse. Carly se acercó y se puso entre ellos, vestida con un peto como el de su madre. Se agarró a la pierna de Damon y este la miró, dando a Rachel unos instantes para estudiarlo. Su sonrisa fue cálida y genuina.

Ella se permitió un momento para pensar en lo que habría sido ese momento si ellos se amaran realmente. Quizás lo que iban a hacer estuviera mal.

—Esto es lo que deseas realmente, ¿verdad? —preguntó Rachel en un susurro.

—Arriba —exigió Carly.

Damon tomó a la niña en brazos.

—Es lo que deseo realmente —le confirmó—. ¿Y tú? ¿Es lo que deseas? Quizás deba darte más tiempo. No es una decisión que debas tomar a la ligera. Quizás deba explicarte con más detenimiento los pros y los contras, empezando por los buitres de los medios de comunicación —explicó, sacando con suavidad el dedo de Carly de su nariz.

Ese gesto de Damon solo confirmó lo que ella sentía. Aunque pareciera inexplicable, sabía que estaba haciendo lo correcto, tanto para ella misma como para su hija.

Rachel se giró para sacar una chaqueta del armario. Inspeccionó el contenido del ropero.

—Esta —sugirió Damon, señalando su chaqueta azul marino—. Parece que el sol saldrá luego, pero ahora mismo está llovisnando.

Rachel le hizo caso y juntos metieron a Carly en su pequeña chaqueta de lana. Era azul con conejitos marrones. La madre de Rachel la había hecho antes de morir.

Ese día, Damon llevaba un coche distinto y ella casi lloró emocionada al ver que, en la parte de atrás del deportivo rojo, había una sillita de niños.

Damon sentó a Carly en la sillita y, tras algunos gruñidos por parte de ambos, las correas quedaron bien ajustadas. La sillita incluso tenía enganchados algunos juguetes.

—¿Has salido y has comprado un coche nuevo por nosotras? —preguntó Rachel sonriendo.

—No, es de mi familia. Me pareció más apropiado para esta salida.

—Ah —Rachel vio a Phillip, al otro lado de la calle, en un discreto turismo—. Supongo que él se encargó de la sillita del coche.

Damon se ruborizó.

—La elegí yo. Espero que sea apropiada. Phillip es mi única concesión a la necesidad de llevar seguridad. Mis padres se horrorizarían si supieran que a menudo lo envié a hacer recados.

Carly estaba tocando una campana que estaba entre los juguetes atados a la sillita.

—¿Y eso? —Preguntó Rachel mirando los juguetes, mientras la niña tocaba la campana cada vez con más vigor—. ¿Han sido uno de los recados de Phillip?

—No, también los elegí yo.

Rachel sonrió.

—Ya aprenderás.

Llevaban en el coche dos minutos cuando él suspiró y paró a un lado.

—De acuerdo, aprendo rápido.

Se bajó y fue a la parte trasera. A pesar de las protestas de Carly, le quitó la campana y la echó delante. Rachel se rió cuando él volvió a su sitio.

—De acuerdo, nada de juguetes ruidosos nunca más. Y eso significa que ese

precioso camión de bomberos con la sirena que vi esta mañana, queda descartado. Ahora vamos a ver qué podemos averiguar sobre tu hermana. ¿Dónde vive?

—Tiene un apartamento cerca del centro —contestó Rachel, dándole las señas.

En pocos minutos aparcaron delante de una casa grande y vieja.

—Su apartamento está por la escalera trasera, en la planta alta de la casa.

Subieron las escaleras. Rachel notó que no estaba el periódico de esa mañana y, durante un momento, deseó que fuera su hermana quien lo hubiera recogido.

Miró por la ventana mientras Damon tenía en brazos a Carly. El apartamento era muy pequeño, pero estaba limpio y ordenado. Una sombra se movió dentro.

—¡Está ahí! —gritó Rachel, tocando el timbre.

Pero cuando se abrió la puerta, se le partió el corazón. No era Victoria la que apareció, sino una morena bajita y llena de curvas.

—Hola —la mujer los saludó, descartando a Rachel con la mirada al instante y sonriendo al ver a Damon—. ¿Están buscando a Vic?

—Sí —contestó Rachel—. Soy su hermana, Rachel.

—¿Y usted? —miró a Damon.

—Soy Damon Montague.

Rachel vio el nombre registrarse en el rostro de la mujer. Así sería estar con Damon. Otras mujeres lo desearían. ¿O cambiaría eso cuando estuvieran casados? Lo dudaba.

—Yo soy Heidi Ramsey, Alteza. He leído mucho sobre usted, pero por supuesto, nunca había imaginado que podría conocerlo —sonrió con timidez—. Las fotografías no le hacen justicia.

—Gracias —dijo él con un tono distante, muy lejano del que Rachel conocía.

Heidi pareció darse cuenta de que no había conseguido impresionar al príncipe e intentó una táctica distinta.

—Qué niña tan adorable. ¿Puedo tenerla en brazos?

Rachel sintió con impaciencia que esa demostración solo era por Damon. Victoria le había mencionado a su amiga Heidi en más de una ocasión. Decía que era una devoradora de hombres.

Damon miró a Rachel, vaciló y le dio a la niña. Heidi canturreó a Carly, un acto teatral para impresionar a Damon con su instinto maternal.

—Vic me pidió que cuidara de su apartamento mientras ella estaba fuera.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera? —preguntó Damon. '

—Bueno, de eso se trata. Su casera me llamó ayer y me dijo que aún no había llegado. Alguien ha recogido el correo y el periódico. Me siento mal por no haberlo hecho yo, pero tengo mi propia vida.

Rachel supuso que las últimas palabras iban dirigidas a Damon, para hacerle saber que tenía la agenda llena pero que posiblemente podría hacerle un hueco.

Rachel se riñó por pensar tanto sobre un simple comentario y volvió a sentir miedo.

—Yo recogí el correo —dijo—. ¿Cuándo tenía que haber vuelto?

—¿Una semana? ¿Hace unos días? No puedo recordarlo con exactitud. Oh, no estés tan preocupada, cariño. Vic puede cuidarse sola. Además, llamé a tu padre. Me dijo que había tenido noticias tuyas y que Vic se ha retrasado en el continente.

—¿No tienes un número donde pueda localizarla?

—Pues no. ¿No quieres echar un vistazo? Quizás haya dejado algo. Sé que no le importaría.

—Gracias —dijo Rachel.

Y se encontró con que Heidi le ponía a Carly en los brazos y se dirigía hacia Damon mientras Rachel iba a la cocina, en la parte trasera. Notó que su hermana había enmarcado las fotografías de Carly que ella le había enviado y que todo estaba limpio y ordenado, como la gente deja las cosas cuando va a estar fuera una temporada.

En la mesa de la cocina había algunos papeles en un montón. Rachel dejó a Carly en el suelo mientras les echaba un vistazo. Oyó la puerta de la calle cerrarse y, de repente, se dio cuenta de que había estado esperando ese sonido y había estado escuchando las risitas tontas con creciente disgusto.

Irritada, supo que eran celos. ¿Cómo podía tener celos por un hombre al que no conocía?

—¿Has encontrado algo? —preguntó Damon.

—No.

Él se acercó y miró por encima del hombro de Rachel. Su jersey le rozó el hombro y la respiración le movió algunos mechones de pelo. A ella le pareció que olía de maravilla.

—Parecen facturas. A mí me parece que si tu hermana hubiera planeado quedarse mucho tiempo en algún lugar, habría hecho lo necesario para pagarlas. Por su apartamento se ve que es muy organizada. Todo está en su sitio.

Rachel no había pensado en las facturas desde ese punto de vista. La agenda telefónica de Victoria estaba colgada de una cadena junto al teléfono. Damon la desató y la miró.

—Tiene muchos amigos —declaró—. Alguien sabrá dónde está. ¿Te parece bien si le doy esto a Phillip? Él puede empezar a hacer algunas llamadas.

—Es una buena idea.

Entonces Rachel encontró el recibo del billete de avión y juntos lo estudiaron.

—Es como ha dicho Heidi —confirmó Rachel—. Debería estar de vuelta hace tiempo.

Y volvió a experimentar esa sensación de que algo iba muy mal. Damon pareció sentir su agitación, porque le puso la mano en la mejilla.

—Todo saldrá bien, Rachel.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí —dijo él con firmeza—. Tengo una idea. Dame el recibo del billete de avión

y haré que Phillip lo compruebe también. Al menos podremos averiguar si subió a ese avión.

Ella lo miró, asombrada por el modo ordenado en que funcionaba su mente y aliviada de que estuviera a su lado. Sentía que sin su presencia fuerte y tranquila, no lo llevaría tan bien. Le parecía que al haber dicho que sí a su proposición, se había dado cuenta de lo sola que había estado durante mucho tiempo.

—Vamos a comer algo —sugirió Damon—. Le daremos a Phillip lo que tenemos y luego dejaremos este asunto hasta mañana. Eso le dará a la línea de preocupación en tu frente una oportunidad de relajarse. Mañana iré contigo a hablar con tu padre.

Rachel se frotó la frente.

—¿En serio? Oh, gracias.

—¿Quieres que le anunciemos nuestros planes? —preguntó Damon con suavidad.

—No —dijo ella al instante—. Lo siento. Te preguntarás qué clase de persona soy. Pero no.

—Rachel, cuando te miro, sé qué clase de persona eres.

—Hace falta mucho tiempo para saber eso.

—A veces. No siempre.

Damon inclinó la cabeza y la besó suave y brevemente en los labios.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Él sonrió.

—Y si no lo supiera antes de hacer esto, sin duda ya lo sabría.

Oyeron un golpe y se dieron cuenta de que Carly se había alejado de ellos. Corrieron al salón y encontraron una lámpara en el suelo. Por suerte no se había roto nada.

Hasta ese momento, nada había evitado que Rachel estuviera pendiente de la seguridad de su hija, y se angustió. Si iba a casarse con ese hombre, y así era, tendría que controlar su reacción física a él.

—Damon —dijo, aunque le costó—. No creo que debamos besarnos. Eso solo lo complicaría todo.

Y sintió un gran vacío en su interior al decirlo.

Por primera vez, vio en él el mismo rostro remoto que había mostrado a Heidi.

—Por supuesto. Tienes razón.

Damon cerró la puerta y tomó a Carly en brazos mientras bajaban las escaleras.

—Podríamos ir andando a almorzar —dijo Rachel—. El aparcamiento en el centro está difícil.

Él sonrió y ella supo que aparcar nunca había sido un problema para él, exceptuando la noche anterior cuando le habían puesto una multa.

—Caminaremos si quieres —dijo Damon.

Y ella quería. Había salido el sol y solo había unas cuantas calles hasta el centro. Damon sujetó a Carly con un brazo y extendió el otro.

Ella notó que quería darle la mano. Rachel vaciló, preguntándose si eso estaba en la misma categoría que los besos, pero fue incapaz de resistirse. Tomó su mano y la

sintió cerrarse alrededor.

Ella se ruborizó.

—Parece algo sacado de un sueño romántico. No algo que pueda tener alguien con niños.

Pero Damon vio una luz iluminarse en sus ojos verdes.

—¿Se te ocurre algún sitio para comer? —preguntó él mientras caminaban.

Ella se rió.

—Yo acabo de llegar aquí. Me temo que el único lugar que conozco bien es el McDonald's.

Él también se rió, gustándole lo que había dicho. Era fresca y natural, y no intentaba ocultar quién era ni pretendía ser otra cosa. Era genuina.

—Yo conozco un pequeño lugar aquí cerca.

Damon supo por la mirada del maître, que en ese lugar nunca había entrado un bebé. Pero lo reconocieron y le dieron una salita privada a petición suya y, sin que tuviera que pedirlo, le llevaron una trona para Carly.

Rachel estudió el menú.

—¿Qué toma Carly? —le preguntó Damon.

—¿Tienen aquí patatas fritas? —Preguntó Rachel en voz baja—. Es lo que normalmente le pido cuando salimos.

Ordenaron la comida y Damon pidió las patatas. El camarero pareció perplejo, pero les dijo que no había problema y se marchó corriendo. Damon sospechaba que enviaría a un recadero a McDonald's.

Rachel se fijó en los cubiertos de plata y el mantel de lino, en el mobiliario de anticuario y en la araña que colgaba sobre la mesa. Estaba evitando mirarlo a él, y Damon notó que estaba abrumada y asustada.

—Este es el momento que estabas esperando —le dijo Damon.

—¿En serio? —preguntó Rachel confundida.

—Sí, voy a hacer malabarismo.

—Aquí no, Damon.

—¿Por qué no? Estamos solos. Es una salita privada del restaurante.

—¿Y si rompes algo?

—Pues nos echarán —bromeó Damon.

—Posiblemente saldrías en la portada de la prensa sensacionalista de mañana —declaró Rachel levantando elegantemente la barbilla.

Damon quería encontrar un modo de decirle que ella pertenecía a ese lugar más que él, con ese aire maravilloso, su gracia innata y la preciosa forma en que levantaba con orgullo la barbilla. ¿No sabía que podía encajar en cualquier parte?

Y de pronto, Damon se sintió honrado de tener la oportunidad de enseñarle algo.

—Prefiero que mi nombre salga en titulares por algo así —dijo él levantando un vaso y comprobando el peso—, que por otras cosas.

Rachel se rió y le dio otro vaso. Damon lanzó el vaso y lo recogió, y luego el otro.

Carly dejó de intentar salir de la trona y lo miró con los ojos muy abiertos. Sus grititos de alegría cuando él empezó a lanzar los dos vasos muy despacio lo animaron. Tomó más velocidad.

Rachel y la niña estaban riéndose de buena gana.

Damon dejó los dos vasos en la mesa un segundo antes de que el camarero regresara llevando el pan.

—¿Algo más, señor?

—Dos vasos más, por favor —pidió Damon.

El camarero sabía que no debía mostrar curiosidad ni sorpresa. Rachel se rió tapándose con su pañuelo. Los vasos llegaron inmediatamente.

Tenían una forma algo incómoda para hacer malabarismo. De nuevo, Damon levantó los dos vasos y, cuando había creado un ritmo, añadió el tercero. En ese momento no se atrevió a mirar a su público. Y una vez más, con el ritmo creado, añadió el cuarto vaso.

Por supuesto, la mejor parte fue cuando se cayeron todos.

Rachel se dobló de risa. Carly golpeó su sillita pidiendo más y los vasos cayeron sin daño alguno sobre el suelo enmoquetado.

Llegó la comida. Damon sabía que Rachel se hubiera sorprendido al saber que a él le gustaban sus modales, perfectos y sencillos, sin fiorituras ni pretensiones. Y por supuesto, Carly comió con una energía encantadora, llenándose de ketchup de la cabeza a los pies.

Después de comer y de haber limpiado a Carly, Damon sugirió un paseo por alguna de las tiendas. Deseaba comprarle a Rachel y a la niña algunos vestidos y caprichos.

—No sé —declaró ella incómoda y con cierto orgullo.

—Rachel, dentro de muy poco tiempo, si todo va bien, y creo que así será, te convertirás en mi esposa. ¿Vas a insistir en pagar la comida y el alojamiento? Además, para cuando lleguen las facturas, ya estaremos casados.

—Damon, nunca he aceptado nada de nadie. Incluso de adolescente gané dinero cuidando niños y cosas así. No puedo depender de ti.

—¿Qué estás sugiriendo, que vas a buscar trabajo después de que nos casemos? Entonces no podrías ocuparte de Carly y, además, para ser sincero, no supondría mucha diferencia, créeme.

Ella se quedó callada.

Damon respiró profundamente.

—Piensa en esto como en un trabajo. Yo te he contratado para hacer un trabajo. Y no te pagaré en dinero, sino en vestidos, joyas y un bonito lugar donde vivir. ¿Puedes considerarlo así?

—Difícilmente.

—Rachel, realmente eres testaruda.

Ella sonrió.

—Es mejor que lo sepas ahora. No me gustaría que te sorprendieras más adelante.

—Vamos de compras. Solo compraremos algunas cosas básicas. Un par de vestidos para ti y para Carly.

La ropa para Carly fue lo que la convenció.

Damon conocía bien las tiendas de Thortonburg, ya que Roxbury era demasiado pequeño para ir de compras. Y a Sharon le gustaba la tienda Rosalitta.

Él nunca había estado allí. Nunca antes había ido de compras con una mujer, excepto una vez con Sharon a una tienda de antigüedades que ella adoraba para buscar los detalles finales para el cuarto del niño.

Rosalitta era un lugar muy formal. Entre los elegantes vestidos había sofás, estanterías y mesitas. A pesar de que Damon nunca había estado allí, lo reconocieron al instante.

Con timidez, Rachel eligió finalmente algunas prendas y una vendedora los llevó hasta los probadores, en la parte trasera subiendo unas escaleras.

Al avanzar por la tienda, cruzaron la zona de lencería, y Damon vio un camisón blanco que le quitó la respiración cuando imaginó a Rachel con él puesto. Aunque sabía que nunca conseguiría que ella se lo comprara.

Los probadores estaban en una sala con una gruesa alfombra rodeada de espejos, con unos elegantes asientos para los acompañantes.

Rachel desapareció detrás de una puerta de caoba, aunque a Damon le encantó poder ver sus tobillos por debajo. Le dijo a la vendedora que siguiera llevando prendas para probarse. Rachel parecía disfrutar. La vendedora montaba mucho alboroto diciendo lo bien que le quedaba todo y Rachel estaba maravillada.

Durante tres o cuatro minutos, Carly se había contentado con quedarse sentada en la rodilla de Damon.

Durante otros tres o cuatro, habían jugado a que la rodilla era un caballito.

Después, él se tiró al suelo con la niña y la vendedora lo esquivó con gesto indulgente.

Rachel salió con una falda larga y una túnica a juego sin mangas, de un tono verde jade, igual que sus ojos.

Él la miró mientras ella se contemplaba en el espejo con asombro.

—Estás preciosa —declaró él.

Carly intentó ponerse de pie sobre el estómago de Damon, perdió el equilibrio y terminó en el suelo. Como un experto, él la levantó y la sentó.

—Damon, ¿cuánto cuestan las cosas aquí? —Susurró Rachel—. No hay etiquetas.

—¿Dejas las etiquetas en los regalos que haces?

—Claro que no, pero...

—Son regalos. ¿No puedes simplemente aceptarlos?

Carly, con esfuerzo, se puso de nuevo de pie sobre el estómago de Damon y volvió a caer. Damon la sujetó y volvió a mirar a Rachel, que estaba con la vendedora, la cual tenía los brazos llenos de vestidos.

—Solo me probaré dos más —le anunció—. Y entonces me decidiré por uno. Uno —recalcó, mirando a Damon.

Él bostezó. Carly gateó sobre su pecho y también bostezó. Damon se sentía cansado y feliz. Había estado despierto la mayor parte de la noche pensando en la enormidad de lo que había hecho. Se cerró la puerta del probador. La vendedora pasó junto a él y sonrió al verlo tirado en el suelo.

—Se llevará todo lo que le quede bien —le dijo Damon en tono bajo—, y eso —señaló el camisón blanco.

—Señor, todo le queda bien. Es asombrosa, tanto por su belleza como por el hecho de que no se da cuenta de ello.

Él sonrió.

—Lo sé.

—No es lugar para decir esto, y espero que me perdone si está fuera de lugar, pero conocí muy bien a su mujer. Soy Rosalitta.

—Ella siempre hablaba de usted con cariño.

—Todos la echamos mucho de menos.

—Gracias —dijo Damon.

—Normalmente no me atrevería a darle consejos, pero me hago mayor y a veces soy capaz de ver lo que otros no pueden. Su bella isla necesita una princesa y su corazón necesita compañía. Y pienso que ella —hizo un gesto hacia los probadores la apropiada.

Rosalitta tenía razón. Estaba fuera de lugar. Pero él la perdonó, porque solo se había dado cuenta de lo mismo que él. Rachel estaba hecha para él, unida a Roxbury, una mujer de un poder y gracia poco corrientes que iría creciendo con el paso de los años.

—Mire a ver si puede convencerla para que se pruebe un par de cosas más dignas de una princesa —le dijo Damon a la vendedora.

Y fue recompensado con una de las sonrisas más radiantes que nunca había visto.

Capítulo Cinco

Rachel volvió a salir del probador con su antigua indumentaria. Se sentía como Cenicienta después del baile. La tela vaquera contra su piel no le parecía tan agradable como la seda. Y por supuesto, no tenía el más mínimo aspecto de princesa.

Se detuvo.

Damon estaba dormido en el suelo, con su hija tumbada sobre el pecho, también dormida.

De nuevo pensó en la confianza en sí mismo que tenía Damon. Su posición en la vida lo habría obligado a controlarse en la mayoría de los aspectos, pero en esos preciosos instantes en que no se sentía obligado, era capaz de relajarse. No parecía pensarse dos veces hacer malabarismo con unos vasos o dormirse sobre el suelo de una tienda. ¿Quién le llamaría la atención a un príncipe?

Desde luego, no lo iba a hacer la mujer que se acercaba hacia ella y sonrió a ver al príncipe y a la niña dormidos.

—Oh, pero si ahora empezábamos a divertirnos —susurró, cuando vio a Rachel vestida con su ropa—. Por favor, solo unos pocos más. No parece que él tenga prisa por ir a ninguna parte —añadió, mirando a Damon.

Rachel suspiró.

—Bueno, de acuerdo —dijo, aceptando la ropa que le daba la vendedora.

—Y tiene que salir para que yo la vea.

—Está bien.

Era divertido. Esa vez le había llevado dos bañadores, uno tan atrevido que no pensaba enseñárselo a nadie. El otro era precioso, blanco y negro con un pareo a juego. ¿Realmente iba a frecuentar las piscinas y las playas a partir de ese momento? Hasta entonces, había carecido de esos placeres. Siempre había mirado con añoranza el buen tiempo por la ventana antes de volver a su ordenador, intentando pensar en algún modo comprensible de escribir sobre tecnicismos.

Su padre siempre había querido que fuera profesora, y Rachel empezó a estudiar sin preguntarse lo que ella deseaba realmente. Se encontró embarazada antes de terminar, pero sabía que se le daba muy bien escribir. Un programa sobre escritura técnica le permitió trabajar en ese campo. Pero con la llegada de Carly, empezó a escribir los cuentos que le contaba a su hija antes de dormir. El personaje favorito de Carly, y el suyo propio, era Miss Widget, pero hasta el momento, ningún editor a los que había ofrecido la historia había compartido su entusiasmo.

Aun así, ella siempre había estado trabajando los días soleados, deseando poder irse a la playa.

¡Y siempre había estado lloviendo en sus días libres y en vacaciones!

Y en ese momento, se quedó mirando el bañador y lo que representaba y lo puso encima del conjunto de seda verde que había decidido llevarse.

Se probó pantalones cortos, blusas, pantalones largos y faldas, y se los mostró

todos a la entusiasmada vendedora, que al final se presentó como Rosalitta, la dueña de la preciosa boutique. Damon seguía dormido, con los labios ligeramente separados y Carly estaba dejando un charco de baba en su jersey.

Rachel nunca había tenido ropa de esa calidad y se maravilló de cómo le sentaba, tan diferente de lo que había llevado siempre.

—Me llevaré estos dos —le dijo finalmente a Rosalitta.

—Solo uno más —le rogó la mujer—. Pruébese este. Lo acabo de descubrir y nunca he visto algo tan hecho a medida para alguien. Por favor, pruébeselo.

Rachel miró por encima de su hombro. Carly y Damon seguían igual, así que aceptó la percha que le dio la mujer y cerró la puerta.

El vestido era increíble. De seda color marfil, con un chal de pedrería a juego echado sobre un hombro. Rachel quitó el chal, lo colgó y miró el vestido con más detenimiento.

Era exquisito, un vestido para una mujer mucho más sofisticada que ella. Tenía en los hombros tirantes muy estrechos, un delicado escote curvo y a partir de ahí caía recto. Rachel no podía mirar el vestido sin preguntarse cómo le sentaría, así que por última vez, se quitó la ropa. Deliberadamente le dio la espalda al espejo y luego, una vez vestida, se giró despacio.

Se quedó boquiabierta.

Se había convertido en Cenicienta.

Había desaparecido la madre con prisas, la hermana preocupada, la hija decepcionante. Con ese vestido, incluso su pelo mal peinado tenía un aspecto salvaje y libre, como si se hubiera arreglado así a propósito.

Sus ojos parecían tan profundos como el océano y su piel se veía color melocotón. El vestido se ceñía en los lugares oportunos. Rachel descolgó el chal y se lo echó por los hombros.

Suspiró. El vestido se volvió recatado y virginal, insinuando lo que había debajo. Si ella realmente iba a casarse con Damon, elegiría ese vestido. Era un vestido que podía hacer que cualquier mujer se sintiera como una reina.

Hasta ese momento, Rachel había ignorado las joyas que le habían llevado como accesorios de varios trajes, pero en ese momento las miró y encontró una sencilla cadena dorada, un fino brazalete de oro y un par de diminutos pendientes.

El resultado fue espectacular y no podía quitarse el vestido sin compartirlo con Rosalitta. Se puso los zapatos que le había llevado y salió.

Rosalitta no estaba.

Fue de puntillas hasta donde estaba Damon y se quedó mirando su rostro.

Eso era al revés. Se suponía que la que estaba dormida era la princesa.

Rachel se arrodilló a su lado.

Él nunca lo sabría. Y como Rachel le había pedido que no la besara, nunca volvería a saborear sus labios.

Solo esa última vez, cuando ella parecía realmente una princesa.

Se echó el pelo hacia atrás para no rozarle la mejilla y despertarlo, e inclinó la cabeza. Rozó su mejilla con los labios y, como él no se movió, ella cerró los ojos y le besó los labios, muy suavemente, para no despertarlo.

Y el beso le hizo a Rachel lo que siempre hacía a las princesas en los cuentos de hadas.

La despertó.

Algo que llevaba tiempo dormido en su interior, cobró vida. Era la mujer que había en su interior, una mujer adulta, con deseos y necesidades, y sintió ese poder con tanta fuerza, que se apartó de él y se puso de pie.

Sintió los ojos llenos de lágrimas. Miró y vio a Rosalitta de pie en la escalera que iba hacia los probadores, paralizada.

—Lo siento —murmuró la mujer—. No quería molestar. No debí mirar, pero está tan bella con ese vestido... como algo sacado de un sueño... de un cuento de hadas.

Carly eligió ese momento para despertarse con un chillido que en seguida se convirtió en una llantina.

Damon abrió los ojos. Extendió los brazos hacia la niña por instinto, pero sus ojos se posaron en Rachel, atónito.

—Dios mío... estás preciosa.

Rachel dio media vuelta y volvió corriendo al probador. Cerró la puerta y se apoyó en ella, con la respiración agitada, como si hubiera corrido mil kilómetros.

Y en realidad lo había hecho. Mil kilómetros hacia una parte desconocida de su propio corazón.

Rápidamente se cambió y se puso su ropa. Respiró profundamente, levantó la barbilla y salió.

Damon intentaba desesperadamente consolar a Carly, que lo miraba furiosa mientras sollozaba.

—Ha sido un día largo para ella —dijo Rachel, quitando a la niña de su rodilla—. Deberíamos irnos a casa.

Sabía que estaba intentando volver atrás esos mil kilómetros, pero cuando lo miró a los ojos, supo que era imposible.

Damon dejó a Rachel y a Carly en su casa poco después. Había dispuesto que todo lo que Rachel se había probado, fuera enviado a Roxbury, exceptuando el último vestido. Un vestido mágico, porque cuando ella lo había besado y él había fingido seguir dormido, se había sentido por primera vez un príncipe. Siempre había sabido que lo era, y lo había aceptado, pero había sido la primera vez que se había sentido como si fuera el dueño del universo.

El vestido se guardó en una caja y esperaba sobre la cama de su hotel cuando él llegó. Damon escribió una nota rápida y la metió dentro.

Sonó un golpe en su puerta y entró Phillip, con aspecto serio a pesar de tener los brazos llenos de cajas y bolsas de varias tiendas infantiles.

—Acabo de tener noticias de ese vuelo. Victoria Rockford volvió en él.

Damon no dejó que su rostro revelara nada, porque ni siquiera había confiado a Phillip, su empleado de mayor confianza, quién era Victoria realmente. Pero por dentro sintió una gran ansiedad. El presentimiento de Rachel era correcto. Y sospechaba que el suyo también, y que la hermana de Rachel era la hija ilegítima de Víctor Thorton. Victoria Rockford era la heredera que había sido raptada. Damon estaba cada vez más seguro.

Mientras Phillip esperaba, Damon escribió una nota y la metió en un sobre.

—Quiero que le entregues esto a Roland Thorton. Esta noche, lo antes posible. Es urgente.

Damon supo que tenía que casarse con Rachel lo antes posible. Quería protegerla cuando estallara la tormenta y sentía que iba a ocurrir muy pronto.

Esperó unos instantes, respiró varias veces y entonces tomó el teléfono. La primera llamada fue al hermano Raymond.

Brevemente le explicó la situación y lo que necesitaba. El hermano Raymond no lo condenó, pero le hizo algunas advertencias.

—Estás apresurándote. ¿Cómo vas a saber si alguna vez te amaré alguien por ser el hombre que eres, en lugar de por ser un príncipe?

—No es por mí —se defendió Damon—. Es por ella. Me necesita ahora.

—No. Tú la necesitas a ella. Eres un hombre que se muere de soledad, aunque tu orgullo te impida admitirlo.

—¿Me casarás o se lo pido a otro?

El fraile suspiró.

—Damon, sabes que haría cualquier cosa por ti. Además, no me perdería la oportunidad de ver qué está ocurriendo realmente.

—No está ocurriendo nada. Es tal y como te he contado.

—¿Entonces por qué estás a la defensiva?

Cuando por fin colgó, se pasó la mano por el pelo. ¿Qué iba a contarle a Rachel? No podía ocultarle que Victoria iba en el avión. Así que, llevando la caja del vestido bajo el brazo, fue a verla.

En cuanto ella lo vio, lo supo.

—¿Qué has averiguado sobre Victoria?

—No quiero que te asustes. Pero estaba en el vuelo de vuelta.

Rachel empezó a llorar y él la abrazó.

—Mañana por la mañana nos acercaremos a hablar con tu padre. Y por la tarde iremos a Roxbury a casarnos.

Ella asintió con la cabeza y Damon se sintió abrumado por la confianza depositada en él. Sospechaba que era una mujer muy independiente, pero estaba confiando en él con la vida de su hermana y la suya propia. Pensó en las dudas del hermano Raymond y esperó ser merecedor de esa confianza.

Rachel llevaba el vestido color marfil. Él lucía un elegante traje negro y camisa de seda blanca. Ella agarraba el ramo de flores con manos sudorosas.

Estaban en una pequeña iglesia de piedra situada en el borde de un precipicio, sobre el mar.

Rachel nunca había estado en Roxbury y, de no haber estado tan nerviosa, se habría quedado sin respiración por la belleza de los prados, los bosques llenos de pájaros, los pequeños lagos y las playas desiertas.

Ese día había sido muy ajetreado, empezando con una inquietante visita a su padre, que pareció más contento de que un príncipe fuera a su casa que preocupado de que su hija hubiera desaparecido. Cuando le dijeron que Victoria estaba en el avión, él dijo que sabía que había vuelto a la isla, pero que ella misma le había dicho que iba a visitar a unos amigos cuando regresara. Pero cuando Rachel lo presionó diciendo que Heidi les había contado que él había dicho que Victoria se había retrasado en el continente, su padre se volvió ligeramente hostil. Damon finalizó la visita de manera brusca aunque con cortesía, obviamente sin querer que el padre de Rachel notara sus sospechas de que estaba implicado en la desaparición de Victoria.

Habían ido a Roxbury en helicóptero, un viaje que encantó a Carly pero mareó a Rachel. Y Carly se quedó en el castillo, a cargo de una alegre adolescente llamada Bonnie, la hija de la cocinera. Rachel las dejó jugando en el suelo de la cocina bajo la mirada cariñosa de la cocinera.

Rachel no quería pensar en el castillo. Parecía igual que los de los cuentos, con sus muros de piedra y sus torreones. Dentro, los muebles eran caros y serios. Nunca se sentiría en su casa en un lugar así.

Damon la había dejado al cuidado de una encantadora doncella que le mostró dónde cambiarse de vestido.

—¿Dónde vive Damon? —preguntó Rachel, mirando la estancia de altos techos y retratos fantasmales.

—Tiene sus propias dependencias, señorita. Son más acogedoras que estas.

Y luego un chófer la llevó a esa pequeña capilla, donde Damon había estado esperándola.

Y en ese momento estaba de pie, temblando, mientras la luz que entraba por las cristaleras lo volvía todo irreal.

El hermano Raymond tenía el típico aspecto de fraile, con su hábito marrón atada a la cintura con una cuerda. Parecía algo preocupado.

Cuando Damon le puso el anillo, la miró de un modo que ella no supo descifrar, como embrujado y distante. Así no era como una novia quería que la mirara su novio, aunque fuera simplemente un trato de negocios.

Y cuando llegó su turno y Rachel repitió las palabras del fraile, su voz tembló, mientras se hundía más y más en un territorio del que no podría regresar.

—Puedes besar a la novia.

Las palabras la pillaron por sorpresa. Damon la miró inseguro y ella supo que tenía que hacer una excepción a su regla.

Rachel se inclinó hacia él y se puso de puntillas.

Sus labios se rozaron y se quedaron allí. Debió ser un beso rápido, sellando el acuerdo, pero no fue así. Y ella no lo rompió.

Cuando el viejo fraile se aclaró la garganta, los dos se separaron y lo miraron. Rachel se ruborizó. Miró de reojo a Damon, que parecía menos distante, y notó que el fraile les sonreía y había perdido su mirada preocupada.

... Los bendijo y los dos se alejaron de él. Fue entonces cuando ella notó que había dos personas, obviamente sirvientes, de pie en las sombras, testigos del matrimonio.

Salieron fuera, el sol brillaba. Rachel se fijó en los narcisos que florecían en los jardines alrededor de la iglesia y respiró profundamente. Damon parecía tenso e incómodo a su lado, la primera vez desde que ella lo conocía que no parecía seguro de sí mismo.

—¿Qué te ocurre, Damon?

Él intentó serenarse para que ella no notara su agitación. Hasta que no había estado frente al hermano Raymond y había empezado la ceremonia, no había sabido de la existencia de un sentimiento en su interior que solo había experimentado una o dos veces en su vida.

Era la sensación de estar haciendo algo terrible, en contra de su alma. La sensación de estar traicionando su sentido de la integridad.

Cuando la miró, sintió que casarse con ella era lo correcto. Y de nuevo la parte que pensaba que estaba mal lo asaltó.

Era una mentira. Él no estaba realmente casándose con ella sino fingiendo casarse. No importaban sus razones. La verdad lo golpeó en la cara.

Estaba mintiendo. Y lo peor era que estaba mintiendo delante de Dios.

Ayudó a Rachel a entrar en su Jaguar. Sabía que lo enredaría todo más al intentar ocultar a su esposa sus verdaderos sentimientos.

—Nos han preparado un pequeño almuerzo —le dijo—. Tendremos un picnic antes de regresar. ¿Te parece bien o estás preocupada por Carly?

—Aún no.

—Podemos ir a buscarla.

—No hace falta.

Damon la llevó a un bosquecillo y de camino le fue contando historias de su juventud. Cuando detuvo el coche, fue a abrirla la puerta y luego sacó una cesta de mimbre del maletero.

Extendió un precioso mantel de lino sobre la hierba y sacó fresas, champán, pan y salmón de la cesta. Rachel se sentó, sirvió el champán y propuso un brindis.

—Por el futuro.

—Por el futuro —dijo él.

Damon sintió que era la mujer más sensual que había visto nunca y, por él, su futuro incluía el celibato. En lugar de verse como a un novio, se vio como lo que era. Y se sintió horrorizado.

Era un ladrón que le había robado el futuro a esa maravillosa mujer.

Damon eligió una ruta distinta para volver al castillo, por una carretera serpenteante que recorría la parte alta de la isla. Seguía sin ser él mismo. Rachel sentía una tensión que no había existido antes.

Así que cuando ella vio la pequeña casita de piedra al final de la carretera entre un grupo de árboles, le pidió que parara. No sabía si fue por no poder soportar la tensión o porque le parecía la casita de sus sueños.

—Este lugar me recuerda a algo —dijo Rachel—. Un sueño que tuve. Tenía una casita en el campo, con Carly.

—¿Te gustaría echar un vistazo?

—Pero, ¿y si vive alguien ahí?

Él se rió.

—La casa pertenecía a uno de mis primos. Lleva años vacía. Este lugar está muy alejado.

Detuvo el coche y ella salió. La casita era preciosa y, efectivamente, estaba vacía. Rachel la recorrió, pensando dónde pondría el columpio y el tobogán.

—¿Quieres entrar?

—No estará abierta.

Él se rió.

—Obviamente has confundido Roxbury con un lugar mucho más emocionante. Aquí no tenemos muchos crímenes. Seguro que está abierta.

Fue estupendo oírlo reír, ver animarse su expresión seria. Rachel subió los peldaños y puso la mano en el pomo dorado.

La puerta se abrió.

El suelo era de piedra y madera; las paredes, color crema. Era más grande de lo que parecía, con un salón, un comedor, una gran cocina y tres dormitorios.

La casa se veía vacía y desamparada con las motas de polvo bailando por el aire y las ventanas sucias. Pero ella podía imaginar perfectamente cómo quedaría con muebles, cortinas, flores y risas.

Finalmente, miró a Damon, sonriendo.

—Es un lugar precioso. Ya podemos irnos —dijo, sin poder evitar aprensión al pensar en regresar al castillo.

—Es tuyo —dijo Damon cerrando la puerta tras ellos.

—¿Qué? —Rachel le miró.

—Te lo doy. Mi regalo de boda.

—Ya me has regalado el vestido.

Damon se rió.

—Cierto. Pero he pensado que quizás fuera más fácil para nosotros vivir aquí que en el castillo.

Ella pensó en el tenebroso y enorme castillo, lleno de sirvientes, y sintió como si él le hubiera regalado el sol.

—La verdad es que prefiero vivir aquí.

—Entonces está hecho.

Los dos se sobresaltaron cuando Phillip entró.

—He estado buscándolo por todas partes, señor. Vi su coche en la carretera. Tuve problemas con su encargo de anoche, señor. Pasé unas horas desagradables con los de seguridad en el palacio Thorton, pero finalmente vi a Roland Thorton y le di su nota personalmente. El príncipe Roland me dio esto para usted.

Damon abrió el sobre, leyó la nota dos veces y la guardó en su bolsillo.

—Me pidió que le comunicara que quiere que usted y la señorita Rockford concierten una cita con un tal señor Lance Grayson, jefe de la División de Investigación de Seguridad.

—Ya no es la señorita Rockford, aunque de momento, Phillip, me gustaría que guardara el secreto. ¿Puedo presentarle a mi esposa?

El rostro de Phillip, siempre inalterable, registró sorpresa y luego alegría.

—Los felicito a los dos —se adelanto, tomó la mano de Rachel y se la llevó a los labios—. Princesa.

—Por favor, ocúpate de que el helicóptero nos lleve a Thortonburg antes de una hora.

—Damon, ¿qué ocurre? —Preguntó Rachel—. ¿Por qué te envía un mensaje uno de los príncipes de Thortonburg? ¿Por qué el jefe de seguridad quiere vernos a los dos?

Phillip salió en silencio y Damon respiró profundamente.

—Tengo que decirte algo sobre tu hermana.

Capítulo Seis

Rachel empezó a temblar de miedo al ver la expresión seria de su marido. Damon la hizo salir de la casa. Debajo de un enorme roble, había un viejo columpio de madera y los dos se sentaron.

Rachel notó que parecía muy preocupado. Entonces él tomó su mano.

—Roland Thorton me contó que en la celebración de la coronación del rey Phillip de Wynborough, apareció una nota que se había mantenido en secreto y que decía que la hija ilegítima del Gran Duque había sido secuestrada.

Rachel recordaba vagamente las noticias sobre el aniversario de la coronación, no hacía mucho tiempo.

—Dios mío, qué horrible. Puedo imaginar mi terror si algo así le sucediera a Carly —dijo Rachel de corazón—. Esa pobre niña, una víctima inocente.

—No es exactamente una niña. La hija del Gran Duque es mayor.

—No es de conocimiento público que tenga una hija, ¿verdad?

—No, no lo es. Ni siquiera los medios de comunicación lo sabían. Pero alguien se enteró y han usado la información del modo más horrible. Debido a las malas relaciones entre las dos familias, Roland vino a Roxbury para ver si nosotros habíamos perpetrado el crimen.

—¡Eso es absurdo! —Exclamó Rachel—. De todos modos, Damon, esta historia es terrible, pero no sé qué tiene que ver con Victoria.

—¿No? —Damon la miró fijamente.

—No.

—¿No te parece curioso que dos mujeres hayan desaparecido al mismo tiempo?

—¿Estás diciendo que puede haber un asesino en serie o un secuestrador en serie? —preguntó Rachel asustándose—. ¡Pero nadie en mi familia ha recibido una nota de rescate!

—Estaba esperando que hubiera un modo fácil de decírtelo, pero parece que no.

—Pues dilo ya.

—Rachel, Victoria es la hija ilegítima de Víctor Thorton.

Ella se quedó con la boca abierta y apartó la mano de él.

—No lo es. Eso es imposible. Ridículo —lo miró para ver si era una broma de mal gusto—. ¿Por qué me dices algo así? Mi hermana es mi hermana.

—Rachel...

—No es la hija ilegítima de nadie.

Pero incluso al decirlo y ver el dolor en el rostro de Damon, supo que él no le contaría eso si no creyera que era cierto. Y entonces supo que si era cierto, por primera vez entendería la amargura de su padre hacia Victoria. Pero aun así, todo en Rachel se rebeló.

—¿Puedes probarlo? —preguntó, muy tirante.

Él apartó la mirada, se pasó una mano por el pelo y la volvió a mirar. Respiró

profundamente.

—¿Se llamaba tu madre Maribelle?

Rachel asintió.

—Sí —murmuró.

—¿Y su apellido de soltera era Leighton? —preguntó Damon suavemente.

—Oh, Dios.

—¿Tiene tu hermana una marca de nacimiento en la cadera izquierda, color frambuesa con forma de lágrima?

—¿Cómo sabes eso?

Él sacó la carta de su bolsillo.

—Anoche le dije a Phillip que llevara una carta urgente a Roland Thorton, donde expuse los detalles de lo que yo sé sobre la desaparición de tu hermana. Esta es la respuesta: El gran duque de Thortonburg confirma que tuvo una aventura con Maribelle Leighton hace casi veintiocho años. Él no supo que ella se quedó embarazada. Hasta ahora. La marca de nacimiento se nombra en la nota de rescate. No es de dominio público, pero esa marca es hereditaria de los Thorton.

Rachel quería que no fuera cierto por varias razones. Porque cambiaba la realidad como ella la había conocido, y porque significaba que su presentimiento de que algo malo le había sucedido a Victoria, se había convertido en algo concreto y real. Su adorada hermana estaba en peligro.

—Si Victoria no es de Malcolm —dijo Rachel—, ¿por qué no nos dijeron que teníamos padres distintos?

Rachel sabía que estaba pensando en voz alta y que Damon no tenía respuesta para eso. Así que dejó sus dudas a un lado y estas fueron reemplazadas por el miedo. Intentó pensar dónde podría estar Victoria. ¿Estaría atada, amordazada?

—Mi hermana ha sido secuestrada... —lo miró aterrorizada—. Oh, Damon, ¿qué voy a hacer? Mi hermana está en peligro. Tengo que...

Él tomó sus manos y se las apretó con fuerza.

—Escúchame, Rachel. Tienes que mantener la calma. ¿Lo entiendes? Tienes que mantener la cabeza despejada.

Ella respiró profundamente varias veces, sintiendo la fuerza en las manos de Damon y la calma en sus ojos.

—Tengo mucho miedo —susurró.

Él la abrazó y ella lloró contra su camisa.

—Veremos a Lance Grayson lo antes posible —le dijo Damon—. Podemos darle información que quizás lo ayude, y tal vez él tenga algo para tranquilizarnos.

—¿Tranquilizamos? Pero si es mi hermana. Tú no la conoces. ¿Por qué te importa tanto?

Él sonrió.

—Es mi cuñada. Es parte de ti.

—¿Y por qué te importo yo tanto?

—No lo sé, Rachel —Damon suspiró—. El hermano Raymond me enseñó una oración después de la muerte de mi mujer y mi hijo. Me ha ayudado mucho, aunque nunca me he considerado un hombre religioso.

—¿Cómo es?

—«Señor, dame la serenidad necesaria para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el coraje para cambiar las cosas que sí puedo y la sabiduría para reconocer la diferencia».

—La Oración de la Serenidad —dijo Rachel, que la conocía.

Y la repitió en su mente y encontró su poder. Ella no podía cambiar el hecho de que su hermana hubiera sido secuestrada, pero sí podía cambiar su reacción a ese hecho. Y tenía que encontrar la calma que la ayudaría a ser útil en lo posible.

—Damon —dijo sonriendo débilmente—. Esta será la peor luna de miel del mundo.

—De todos modos, la luna de miel no la íbamos a pasar del modo convencional —declaró él, ruborizando a Rachel—. Bueno, hemos de regresar enseguida a Thortonburg. ¿Te parece bien dejar aquí a Carly?

Rachel pensó en el trabajo de atender a la pequeña y sabía que sería más difícil concentrarse en lo que debía hacer para encontrar a su hermana.

—Sí, quiero dejarla. Este lugar, esta isla, me parece segura, Damon. Y de pronto todo el resto me parece inseguro y horrible.

—Nunca dejaré que le ocurra nada a Carly —dijo él con firmeza.

—Gracias.

—Ni a ti.

Ella se rió, temblorosa.

—¿Te gustaría oír algo irónico?

—¿El qué?

—En esta semana, mi hermana y yo nos hemos convertido en princesas.

Volvieron al castillo y esa vez Damon detuvo el coche en una entrada lateral.

Eran sus aposentos y Rachel no los encontró muy acogedores. Aunque las habitaciones eran más pequeñas que en la otra parte del castillo, seguía encontrándolas muy serias e intimidantes, con sus altos techos, pesadas alfombras y recargados cortinajes.

Él la llevó por un pasillo con cuadros de sus antepasados. Luego abrió unas puertas dobles al final del pasillo y llegaron al dormitorio principal. Una enorme cama dominaba el lugar. Unas puertas daban a una terraza y otra a un dormitorio más pequeño.

Rachel pensó que esa era la habitación más bonita que había visto en todo el castillo, alegre y cómoda.

—Es perfecta —admiró.

Y entonces vio lo perfecta que era. Cuando por la noche cruzaran las puertas dobles, nadie sabría donde dormirían. Era el lugar perfecto para dos personas que

fingían estar casadas.

Que fingían... Ella no lo había pensado de esa forma, y lo encontró perturbador.

¿Era posible que ellos formaran un matrimonio fuerte en todos los sentidos de la palabra excepto en uno?

De algún modo, al estar tan cerca de la intimidad de su dormitorio, no estuvo tan segura de eso.

Damon le recordó que tenían prisa.

Rachel vio las cajas de la boutique apoyadas contra la pared del dormitorio más pequeño. Quiso protestar por su generosidad, pero no pudo.

Se había convertido en una princesa y necesitaba parecerlo.

Damon fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Ella abrió las cajas y se puso un traje pantalón color beige.

La ducha dejó de oírse y entonces ella llamó a la puerta del dormitorio principal.

—Entra.

Entró y se detuvo. Él llevaba puestos unos pantalones y estaba desnudo de cintura para arriba. Se estaba secando el pelo con una toalla.

Su cuerpo era magnífico, fuerte y musculoso; su piel, dorada con unos remolinos de vello en el pecho que bajaban por el estómago.

A Rachel se le secó la boca. El matrimonio la había puesto en una posición patética.

—¿Es este el único modo de salir de aquí? —preguntó, intentando no mirarlo—. Quiero despedirme de Carly.

Si él notó su incomodidad, no lo demostró.

—Es la única puerta. Pero podemos poner otra si quieres. O cambiarnos los dormitorios. O mudarnos a Cliff Croft.

Rachel memorizó el nombre de la casita de campo que le había encantado.

—Bueno, ya lo solucionaremos —dijo—. ¿Por dónde está Carly?

—Si esperas, iré contigo. No creo que la encontraras sola y, además, a mí también me gustaría verla.

Ella lo observó mientras se ponía la camisa, sintiéndose cada vez más desesperada. Damon era guapísimo. Le aceleraba la sangre en las venas. Y ella había accedido a un matrimonio solo nominal.

Un error.

Damon la llevó por el laberinto de su casa. Carly seguía en la cocina. De algún modo, Rachel había imaginado que su hija estaría esperándola con nerviosismo, pero Carly estaba de pie en una silla junto a la mesa, con Bonnie a su lado. La niña estaba haciendo formas en una masa de galletas y probando la masa al mismo tiempo.

La niña echó un vistazo a su madre y, entonces, con la lengua bajo su único diente, apretó el molde de plástico hacia abajo y sonrió.

Rachel se acercó a ver su trabajo. Había hecho un árbol de Navidad y Bonnie lo puso encima de una bandeja de horno, junto a un Santa Claus y un reno.

—Solo tenemos moldes de navidad —se disculpó con timidez.

Pero obviamente a Carly le daba igual. Estaba cubierta de harina y masa, y parecía feliz.

—Mami tiene que marcharse una temporada —le dijo Rachel.

—Adiós —respondió Carly, que había empezado a seleccionar el siguiente molde de una caja a su lado.

Rachel la besó. Damon se metió un poco de masa en la boca y también besó a la niña. Carly lo rodeó con las manilas sucias, dejando marcas de harina en su camisa limpia.

Él seguía sacudiéndose la ropa cuando les llevaron el coche a la entrada principal. Damon sonrió.

—Me gusta ser papá —le dijo con suavidad.

De no haber sido por su hermana desaparecida y por el hecho de que ella y Damon no fueran a tener bebés juntos, ella habría pensado que su vida era perfecta.

Rachel estaba sentada muy tensa a su lado cuando él detuvo el coche junto al helicóptero. Damon supuso que sería por la preocupación por su hermana y también porque no parecía que le gustara mucho montar en helicóptero.

Él se puso a recordar el momento en el que ella había entrado en su dormitorio.

En ese momento se había dado cuenta de las proporciones exactas de su error.

Se había fijado en el modo en que ella había mirado su cuerpo. Él había deseado acercarse a ella y dejar que le tocara la piel desnuda, besarla...

Pero había sido él quien había hecho ese absurdo trato.

¿En qué había estado pensando? ¿Había creído que estaba hecho de acero en lugar de ser de carne y hueso? No había podido pensar en otra cosa que en los labios de Rachel desde que el hermano Raymond le había dicho que podía besarla.

¿Qué había hecho? Se había casado con ella y le había dicho que era un asunto de negocios. Y él debía ser un hombre de palabra.

Si Rachel quería algo más, ella debería dar el primer paso.

Lo que más había sorprendido a Damon era el modo en que había cambiado su dolor. No había dejado de pensar en Sharon ni en Samuel, pero se había dado cuenta de que eran una parte de él, que siempre estarían en su interior, pero que él estaba listo para vivir de nuevo.

¿Por qué no se había dado cuenta antes de eso? Le habría propuesto un verdadero matrimonio.

Ella podría haber dicho que no a esa propuesta. Apenas se conocían.

Al menos, en el plano físico. En ese otro plano, el del misterio y lo desconocido, Damon creía que se conocían desde hacía mucho tiempo.

Él quiso darle la mano, pero no lo hizo. Y deseo no haber dicho esas palabras tan equívocas sobre ser papá.

El palacio de los Thorton era incluso más intimidante que el de los Montague. Damon y Rachel fueron conducidos a un lujoso despacho decorado de un modo muy

masculino.

Lance Grayson los estaba esperando.

La primera impresión de Rachel fue que era un hombre con una gran fuerza. Y cuando él tomó su mano, le dio confianza. Sintió que si alguien era capaz de encontrar a Victoria sería ese hombre formidable.

Enseguida hubo entendimiento entre Grayson y Damon, dos hombres fuertes reconociéndose el uno al otro.

Grayson se inclinó hacia ella, con los codos en las rodillas y las manos unidas.

—Lamento que su hermana y la hija del Gran Duque sean la misma persona. Habrá sido un golpe duro para usted.

—Así es.

—No quiero añadirle más dolor, señorita Rockford. Estoy seguro de que lo sabe, pero la seguridad de su hermana es de suma importancia para todos nosotros.

—¿Más dolor?

—Tengo razones para pensar que su padre puede estar detrás de la desaparición de su hermana.

En cierto modo, que se confirmaran sus peores miedos fue una pesadilla, aunque había una pequeña posibilidad de alivio en aquel horror. Su intuición le había dicho que su padre estaba implicado, y había sido correcta. Por alguna razón, saber que podía confiar en su intuición era muy importante en ese momento.

—Desde la desaparición de Victoria me he estado preguntando qué tendría que ver mi padre —admitió, y sintió las manos de Damon rodear las suyas y apretarlas.

—¿En serio? —Grayson la miró con interés—. ¿Y por qué?

Ella le contó sus razones. Se sintió bien siendo tomada tan en serio.

Él la miró pensativo.

—Creo que es usted una mujer muy inteligente y sensata, señorita Rockford. ¿Le ha contado esto a alguien?

—Informé a la policía de la desaparición de mi hermana. Un amigo de mi padre de la comisaría hizo el informe, así que naturalmente no mencioné nada de mis sospechas.

—¿Quién es ese amigo?

—El sargento Lloyd Crenshaw.

Grayson anotó el nombre.

—¿A alguien más?

—Se lo conté a Damon. Ah, y Heidi Ramsey, la amiga de Victoria, sabe que estoy buscando a mi hermana.

—De acuerdo. ¿Y es eso todo? —cuando ella asintió, él continuó—. Me encargaré de esta investigación en secreto con la cooperación de la teniente Jacks de la policía de Thortonburg. Si ella quiere hablar con usted, cuénteles con libertad lo que me ha dicho, pero a nadie más.

—De acuerdo.

—Señorita Rockford, voy a pedirle algo más. Cuanto más piense en la posibilidad de que su padre esté implicado, más furiosa se sentirá. No quiero que se enfrente a su padre, ni siquiera que muestre algún indicio de que sospecha de él.

—Lo entiendo.

Grayson la miró detenidamente.

—La vida de su hermana podría estar en grave peligro si lo hiciera. Y creo que gran parte de esta investigación depende de usted —declaró Grayson.

—¿En qué aspecto?

—Si su padre es responsable, es posible que en algún lugar de su memoria haya algo que indique el paradero de Victoria. ¿Se le ocurre algún lugar donde él pudiera haberla llevado?

Rachel lo pensó.

—La vida de mi padre es muy limitada. Aparte del sótano del colegio o los cobertizos, no se me ocurre otro lugar.

—Comprobaré esos lugares, sin alertarlo, naturalmente. Enviaré a alguien a registrar el sótano con la excusa de ir a ver las calderas, y a un «jardinero» a echar un vistazo a las tierras y cobertizos. Usted ha estado recientemente en su casa. ¿No había ningún ruido fuera de lo corriente? ¿Alguna señal de lucha?

—No. Victoria no estaba en casa de mi padre.

—¿Cómo lo sabe con tanta seguridad?

—Nosotras crecimos con un perro, Ginger, que adoraba a Victoria. Si ella cerraba la puerta de su dormitorio, el perro aullaba fuera hasta que ella la abría. Ginger estuvo tranquilamente junto a los pies de mi padre todo el tiempo que Damon y yo estuvimos allí.

—Buena observación. Mientras tanto, si se le ocurre algo, incluso aunque le parezca una tontería, quiero que me llame. Su nombre está en mi lista de prioridades y la pondrán inmediatamente en contacto conmigo.

Ser tratada con tanto respeto después de la noche en la comisaría era reconfortante. Y aquel hombre ni siquiera sabía que era una princesa.

—¿Y dónde puedo localizarla yo a usted? —preguntó Grayson.

Ella miró a Damon.

—Estaremos en Roxbury. También pondré su nombre en mi lista de prioridades para que pueda hablar con Rachel o conmigo al instante.

—¿Los dos van a estar en Roxbury?

—Eso es.

—¿Le importa si le pregunto por qué? Según lo que me han contado, se conocieron en la comisaría hace solo unas noches.

—¿Puedo confiar en que guardará el secreto, señor Grayson? —Preguntó Damon, a lo que el hombre asintió con la cabeza—. Rachel y yo nos hemos casado esta mañana.

Él miró con dureza a los dos.

—No se ofenda, Alteza, pero los cuentos de hadas son cosas que se cuentan a los niños. Nadie se enamora tan deprisa.

Rachel se encogió, pensando que Damon le diría que su relación no tenía nada que ver con el amor.

Pero no lo hizo. Sonrió y la miró a ella antes de hablar.

—Yo habría dicho lo mismo hace unos días.

—Bueno, pues les deseo una feliz luna de miel —dijo Lance, con ironía.

—Sería mucho mejor si encontrara a mi hermana —declaró Rachel, poniéndose de pie.

La dureza abandonó su mirada.

—Princesa, le doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi poder para encontrar a su hermana. Todo.

Ella lo estudió unos instantes, y su considerable poder era evidente. Él encontraría a Victoria si eso era posible, y Rachel se sintió mucho más tranquila que a su llegada.

—Damon, antes de volver, ¿podríamos parar en la casita de la señora Brumble?

En realidad, ella tenía pocas pertenencias, pero había algo que quería llevarse.

Cuando llegaron, Rachel entró, miró alrededor y la casita le pareció pequeña. Sabía que tendría que volver una vez más para recogerlo todo y hacer una buena limpieza, pero Damon le había dicho que lo dejara de momento.

Pero había algo demasiado precioso para dejarlo allí: sus álbumes de fotos.

Los llevó al coche. Quizás Lance Grayson tuviera razón. Si había una pista del paradero de su hermana enterrada en su memoria, esas fotos podrían ayudarla.

Al salir, Rachel sacó el correo del buzón. Entre un montón de facturas había un sobre con el remite de un editor de literatura infantil al que ella había enviado su historia sobre Miss Widget. Y supo por la forma y el peso del sobre que se lo habían vuelto a rechazar, aunque decidió no pensar en ello.

Ese día había empezado una nueva vida que no tenía nada que ver con contar cuentos a los niños.

—¿Son facturas? —Preguntó Damon—. Échalas en el asiento de atrás. Phillip se ocupará de ellas.

Rachel lo hizo, puso los álbumes en su regazo, bostezó y, sin pensarlo, apoyó la cabeza en el hombro de Damon y se quedó dormida.

Capítulo Siete

—¿Puedo ayudarlo, señor?

Damon sonrió. Rachel estaba profundamente dormida, acurrucada contra él como una niña.

—Si abre la puerta me haría un favor.

Phillip subió las escaleras delante de él y abrió la puerta.

Damon se dio cuenta de que estaba cruzando el umbral con Rachel en brazos y, por un instante, deseó que fuera real, que ella estuviera despierta y mirándolo a los ojos, maravillada y emocionada.

—Phillip, ¿puede ocuparse de las facturas que hay en mi coche?

—Por supuesto, señor.

Damon subió los peldaños enmoquetados y con un codo abrió la puerta del dormitorio. No podía creer lo profundamente que dormía Rachel, pero entonces se dio cuenta de que debía estar agotada.

Había sido demasiado para ella. Casarse, descubrir que su hermana solo lo era a medias y además, que había sido secuestrada.

Y se había enfrentado a todo con elegancia y valor.

Damon vio que en la otra habitación habían colocado una cuna, y la luz que salía del dormitorio principal iluminaba las mejillas regordetas de Carly. Con cuidado, acostó a Rachel, le quitó los zapatos y la tapó.

Durante un rato se quedó mirándola. Y, de repente, Rachel gritó en sueños.

—¡Victoria!

Él se inclinó y la tocó con la mano.

—Todo está bien, Rachel. Estoy aquí.

Eso pareció tranquilizarla. Rachel tomó su mano y la sujetó con fuerza, incluso dormida. Él no quiso soltarla y se quedó en el borde de la cama. Y entonces, pasado un rato, decidió tumbarse un momento.

Se acostaría a su lado igual que la había llevado bajo el umbral. Disfrutaría de su olor una vez más.

Cansado, pensó que debía marcharse a su propia cama, pero fue como si ella hubiera leído sus pensamientos, porque apretó la mano con más fuerza y se movió inquieta.

Y, poco a poco, Damon se sintió agotado. Prometiéndose que solo sería un momento, cerró los ojos.

Rachel se despertó sintiendo calor y un peso a su lado. Se sentó, desorientada.

—¿Carly?

Sus ojos se ajustaron a la habitación y vio que estaba en el pequeño dormitorio de las dependencias de Damon y que Carly estaba dormida tranquilamente en una cuna.

¿Cómo había llegado ella del coche hasta allí?

Siempre había sido muy dormilona, pero eso era el colmo. Vio que seguía vestida,

con el traje nuevo arrugado. Y entonces vio a Damon dormido a su lado, también vestido, y sintió una gran ternura hacia él. Era un hombre estupendo.

Le tocó el pelo y los ojos de Damon se abrieron somnolientos. La miró y sonrió.

—¿Qué haces aquí? —susurró Rachel.

—Tenías una pesadilla —murmuró él.

—¿Y cómo he llegado aquí?

—Yo te traje en brazos.

—Damon, debiste despertarme. Te habrás hecho daño en la espalda.

—Cierto, pesas casi tanto como una pluma. Estabas llamando a tu hermana en sueños.

—Lo sé. He soñado con ella, y luego empecé a soñar que Carly también había desaparecido. Me asusta volverme a dormir.

Él la abrazó.

—Me quedaré todo el tiempo que me necesites.

Y, de pronto, Damon supo que era cierto. Él la había metido en ese matrimonio y había estado mal. No para él, sino para ella. Había sido un error privarla de todo lo que habría tenido normalmente en la noche de bodas, enamorándose y casándose.

Él lo había visto como una solución a sus problemas y no había pensado en más, y en ese momento solo vio un modo de compensarla.

Mantener el matrimonio como le había prometido: un asunto de negocios. Y mantenerlo así hasta que viera que ella no lo necesitaba. La ayudaría en la búsqueda de su hermana, se aseguraría de que estaba bien y entonces la dejaría marchar.

Y al haber tomado esa decisión, se quedó atónito cuando ella le acarició la mejilla con suavidad.

Se acercó y le besó.

Rachel sabía dulce y un sonido salió de sus entrañas, un sonido de deseo.

Animado por ese sonido, él la besó con más pasión, liberando de su interior una gran necesidad.

La respiración de Damon se agitó y la abrazó, apretándola contra él. Damon podía sentir todo su cuerpo suave derretirse contra él y no supo si alguna vez había sentido un tormento tan exquisito.

Saboreó sus labios una vez más y entonces los abrió con la lengua, entró en su boca y oyó su jadeo de placer, sintió sus estremecimientos, y supo que Rachel se había rendido. Supo que ella deseaba exactamente lo mismo que en él en ese momento.

Pero Damon se apartó de la llama de su propio deseo. Necesitó todas sus fuerzas. Si él iba a devolverla a su mundo ilesa, era primordial que no consumaran el matrimonio. Y así, él podría pedir la nulidad sin que la vida y el nombre de Rachel sufrieran daño alguno.

Damon salió de la cama y vio el dolor y el desconcierto en la mirada de Rachel.

Algún día ella le daría las gracias por haberse alejado de lo que le acababa de

ofrecer.

Se fue a su dormitorio, se quitó la ropa arrugada, quedándose en calzoncillos, y se metió en la cama, que le pareció muy grande y vacía. Pasado un rato, se quedó dormido.

Se despertó con el sonido de las risas de Carly. Se levantó, se puso los pantalones y se asomó al dormitorio de Rachel. La niña estaba jugando con un enorme oso de peluche que había dentro de la cuna y riendo sin parar. El traje de Rachel estaba arrugado en el suelo y él pudo ver su larga pierna desnuda entre las sábanas. Pero tenía la cabeza metida debajo de la almohada y no se despertó.

—Buenos días, princesa —le susurró a Carly, entrando de puntillas.

Sacó a la niña y al osito de la habitación para que la madre pudiera dormir, y puso a Carly en su cama. Le quitó el oso y lo hizo saltar por la cama en dirección a ella. El osito le besó la mejilla y habló con tono gruñón.

—Sabes a masa de galletas.

Carly se rió.

—Yo adoro la masa de galletas —dijo Damon con el mismo tono, e hizo que el osito fingiera lamerla mientras hacía sonidos grotescos.

Carly no paraba de reír.

—¿Hay algo de masa en tus pies? —preguntó el oso.

—¡Nooo! —gritó Carly.

Pero el oso lamió igualmente.

—¡Sí hay! ¿Y hay masa en tu... ombliguito?

—¡Nooo!

Pero el oso metió la cabeza en su tripa, haciendo sonidos de lametones.

—Estoy seguro de que huelo a masa de galletas —siguió el oso—. ¡No es en el ombligo, es en tu oreja!

Carly pegó al osito, gritando de alegría.

Y entonces Damon vio a Rachel de pie en la puerta, con una camiseta arrugada y pantalones cortos. Tenía el pelo enmarañado, los ojos hinchados, las piernas largas y sensuales; la camiseta era un poquito transparente.

—Oh, mira —dijo con su voz de oso—. Ahí está mamá oso. ¿Crees que ella tendrá masa de galletas?

—¡Sí!

—¡No tengo nada! —exclamó Rachel, dando un paso atrás.

—No debes huir de un oso hambriento.

Ella corrió y Damon y el oso la persiguieron, mientras Carly no dejaba de chillar.

—¡Déjame, Damon!

—No me llamo Damon. Soy Bernie, el oso.

—Bernie, ¡yo no huelo a masa de galletas!

Y riendo, Rachel tropezó y cayó sobre la cama.

Él acercó el oso a su cara y ella se ahogaba de la risa.

El oso olisqueó su pelo.

—No hay nada aquí. Carly, ¿dónde está la masa de galletas?

—¡Nariz!

El oso olisqueó obedientemente.

—No, no hay.

—¡Pies! —chillo Carly, casi histérica.

El oso fue hasta sus pies. Rachel se retorció, pero Damon sujetó su tobillo.

—Sí, aquí está —declaró el oso, haciendo cosquillas a Rachel.

Y Damon pensó que era feliz. Rachel gritaba de risa, suplicándole que parara, lo que solo le hacía buscar la masa con más intensidad.

Y entonces llamaron a la puerta.

Rachel abrió mucho los ojos.

—¿Sí? —gritó Damon.

La puerta se abrió y su madre se quedó de pie, pequeña y regia, vestida con un elegante traje de tweed.

Damon miró a Rachel, que estaba intentando meterse bajo las sábanas. Él se dio cuenta de que seguía desnudo de cintura para arriba y de que todo parecía muy escandaloso e impropio.

Soltó una carcajada.

—Damon —declaró su madre—, parece que tienes invitados.

—Sí —dijo él con naturalidad.

Tomó a Carly en brazos y se acercó a su madre.

—Quiero presentarte a Carly.

Su madre lo miró fijamente, intentó sonreír a la niña y miró a Rachel, que en ese momento solo había dejado visible sus ojos y nariz bajo las sábanas.

—¿Qué está sucediendo, Damon?

—Ayer me casé —contestó él, sintiéndose muy libre al haberlo dicho.

Su madre lo miró fijamente. Por el rabillo del ojo, él vio a Rachel desaparecer completamente, bajo la sábana.

—¿Te casaste? —repitió su madre.

—Me casé —declaró él con firmeza.

La boca de su madre se abrió, resopló unas cuantas veces, dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Damon miró las sábanas. Estaban temblando.

Se acercó y las apartó. Rachel estaba muerta de risa. Él también empezó a reírse y lo mismo hizo Carly. Él levantó el osito.

—Volviendo a esa masa...

—Oh, Damon —dijo Rachel—, gracias.

—Yo te las debería dar —dijo él con la voz de oso—. Nunca he probado una masa tan deliciosa —y habló con su voz normal—. Dulce Rachel, ¿por qué me das las gracias?

—Necesitaba reírme. Me siento fatal por lo de mi hermana y quizás sea horrible reírme cuando ella está en peligro, pero lo necesitaba más que nada.

—Lo entiendo —dijo Damon, acercando el oso a la niña, que se rió.

—¿Te gustaría que Carly te llamara papá? —preguntó Rachel con timidez.

En ese momento, todo el mundo de Damon se tambaleó. Él también había necesitado las risas, el juego. Pero en ese momento, había vuelto a la realidad.

Sabía lo que ella le estaba ofreciendo. Todo lo que tenía y lo que era. Pero él tendría que dejarlas marchar en cuanto estuvieran listas. Solo les haría más daño a todos si sucedían ciertas cosas.

Como que su preciosa hija le llamara papá. Su corazón lo deseaba. Pero se endureció.

—Aún no.

Y entonces tuvo que darle la espalda a la mirada perpleja de Rachel. Le había hecho daño dos veces. La noche anterior al rechazar la invitación de sus labios y de nuevo en ese momento.

Sonó el teléfono. Él respondió, escuchó, colgó y miró a Rachel.

—¿Quieres unirme a mis padres para desayunar?

—¿Tengo alternativa? —preguntó ella—. Qué horrible primera impresión. ¡Ella debió oír mis gritos! Y estoy sin vestir.

—Lo tiene merecido por entrar sin ser invitada.

—¿Lo hace a menudo? —preguntó Rachel, angustiada.

—Nunca lo había hecho. Debió ser por el sonido de personas divirtiéndose.

—¿Es poco frecuente ese sonido aquí?

—Ya no —dijo Damon—. Bueno, ¿te apetece desayunar?

Rachel hizo una mueca.

—Pan —anunció Carly.

Rachel se rió.

—Eso lo decide todo. ¿Damon?

—Sí, cariño.

Las palabras le salieron con naturalidad y los dos se quedaron paralizados. Pero Rachel se levantó de la cama, como si nada.

—¿Qué me pongo?

—Lo que quieras. Yo me pondré vaqueros.

Pero ella no se puso los suyos. Tenía que borrar la mala impresión que había causado esa mañana. Así que se puso un traje pantalón de lino gris que era elegante y aburrido, y se recogió el pelo hacia atrás con un pasador que también era elegante y aburrido. Al mirarse en el espejo, le pareció que iba muy correcta. ¿Se notaba la tristeza en sus ojos?

Esa mañana, atrapada en el maravilloso momento de juegos con Damon y Carly, casi había olvidado su rechazo la noche anterior. Pero estaba ahí, en su mirada. Un dolor que era distinto de los que ella había conocido. No era como el dolor que sintió

al descubrir la verdadera naturaleza de Bryan, ni con la muerte de su madre, la desaparición de su hermana o la traición de su padre.

No era más profundo, sino diferente.

Entonces vio unas cajas junto a la cuna y abrió una. Dentro había un precioso vestido para Carly, con un delantal blanco, mangas de cuadros rojos y una falda blanca con volantes.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó a Damon, entrando en su dormitorio.

Fiel a su palabra, el llevaba vaqueros y una camisa de ante marrón claro que resaltaba el tono dorado en sus ojos verdes. El la miró y apartó rápidamente los ojos, pero no antes de que ella viera una llama de deseo en su mirada. Pero si era así, ¿por qué la había rechazado la noche anterior?

Estaba recostado contra el cabecero de su cama, con las piernas extendidas. Carly estaba apoyada en su brazo, señalando unas fotografías en el periódico.

—Eso es una lanzadera espacial —explicó él pacientemente—. Le compré unas cuantas cosas —añadió Damon, en respuesta a Rachel.

—¿Y de dónde sacaste el tiempo?

—Phillip fue de compras. Creo que disfruté muchísimo.

Ella no le entendía. Obviamente iba a asumir el papel de amante padre en todos los aspectos menos en uno: no quería que la niña lo llamara papá.

Le había hecho mucho daño a Rachel cuando lo había dicho. Ella le había ofrecido las dos únicas cosas que podía darle a un hombre que lo tenía lodo y él las había rechazado. Y en ese rechazo, Rachel había visto que quizás él sintiera que había cometido un error.

—Le pondré este vestido a Carly —dijo tirante.

De mala gana, Carly se fue con su madre y dejó que le pusiera el vestido.

Cuando estuvieron listas, Damon las llevó al comedor, un lugar monstruoso con una mesa enorme y una araña gigante colgando sobre su superficie brillante. Un pesado aparador tenía un festín de beicon, salchichas, huevos, tostadas, bizcochos y fruta.

Llegaron los padres de Damon.

—Parece que tengo una nueva nuera —dijo Charles.

Si estaba sorprendido o consternado, nada se mostró en sus facciones cuando le presentaron a Rachel. Y cuando Damon le presentó a Carly, Rachel vio el primer indicio de la verdadera naturaleza de Charles, ya que sonrió encantado.

—Mejor que en Navidad —le dijo a su esposa, que no parecía convencida—. Levantarse y descubrir que uno es abuelo.

Damon presentó a Rachel a su madre con más formalidad, refiriéndose a esta última como la princesa Nora de Roxbury. Su apretón de manos le pareció distante y su mirada fría.

Pero el comentario del padre de Damon hizo que Rachel volviera a respirar. Una criada vestida de uniforme acudió a preguntarle qué querían desayunar Carly y ella.

—Rachel, h́ablanos de ti —insisti3 la princesa Nora, una vez todos estuvieron sentados y servidos.

Carly estaba tirando su comida al suelo, disfrutando de los esfuerzos de la joven criada por seguir su ritmo. El padre de Damon se reía tras su servilleta.

Rachel contest3 que era la hija de un director de colegio, era madre soltera y escritora, y que conoci3 a Damon cuando regres3 a Thortonburg tras una larga ausencia.

Inevitablemente, surgi3 la pregunta.

—¿Y c3mo os conocisteis?

Pero Damon se adelant3.

—Por obra de Dios —dijo con suavidad.

Su madre mir3 de uno a otro y entonces suspir3.

—Tendr3 que hacer un anuncio oficial, por supuesto. Y habr3 una fiesta, Rachel. Imagino que no tendr3 mucha experiencia con la prensa, ¿verdad?

—No, yo...

—Entonces traeremos a esa asesora. ¿Recuerdas su nombre, Damon?

—Madre, por varias razones, Rachel y yo hemos decidido no hacer p3blico nuestro matrimonio a3n. Y cuando lo hagamos, Rachel estar3 perfecta tal y como es.

Fue una frase sencilla, pero Rachel necesitaba o3rla. Cambi3 algo en su interior y le record3 qui3n era realmente. Fuera o no una princesa, ella conoc3 su coraz3n. Sab3a que era una buena persona, honesta y trabajadora. Ten3a integridad y sentido del humor. Y, sobre todo, sab3a que cuando el momento lo requeri3a, ten3a mucho coraje. Hab3a tenido el valor de decir que s3 a tener un beb3, aunque significara enfrentarse sola al mundo y perder la aprobaci3n de su padre, y lo hab3a hecho de todos modos, hab3a hecho exactamente lo que le hab3a dictado su coraz3n.

Y, de alg3n modo, desde que hab3a conocido a Damon, hab3a perdido el sentido de qui3n era ella.

Pero en ese momento lo encontr3.

—Pero, Damon —protest3 su madre—, no puedes compartir el dormitorio sin dar una explicaci3n. Eso te colocari3a en una situaci3n inc3moda. Se sabr3.

—No veo la raz3n. Nuestros empleados siempre han sido extremadamente leales. Y no ser3 para siempre, madre. Solo durante un tiempo.

—Pero, ¿por qu3?

—Solo puedo decirte que, literalmente, es asunto de vida o muerte. No puedo contar nada m3s.

Su madre mir3 preocupada a Rachel, como si esta fuera a llevar un esc3ndalo a esa isla tranquila, donde se evitaban los esc3ndalos a toda costa, pero ella le devolvi3 la mirada con dignidad.

—Damon, hijo...

Pero en ese momento, su padre levant3 la mano.

—Mi querida Nora, Damon es adulto. Siempre ha sido muy responsable. Nos ha

pedido que confiemos en él y yo deseo hacerlo.

Cuando Nora miró a su marido, algo se suavizó en sus facciones.

—Claro, claro, tienes razón —dijo rápidamente.

—Bueno, si el desayuno ha terminado, voy a robarte a Damon unos minutos —dijo Charles—. Tenemos que hablar de algunos detalles, cosas de trabajo. ¿Te importa, Rachel?

A ella le encantó que se lo preguntara y supo de dónde había sacado Damon sus modales caballerosos, aunque por supuesto, no le entusiasmaba la idea de quedarse con la madre de su marido.

Pero asintió con la cabeza, sabiendo que era una prueba que tenía que pasar.

La criada estaba limpiando la cara de Carly, o intentándolo, lo que significaba que Rachel ni siquiera podía esconderse tras sus obligaciones de madre.

Así que miró directamente a la princesa Nora.

—Siento mucho haberla sorprendido esta mañana —dijo Rachel.

Nora la miró un rato y entonces, sorprendentemente, mandó marcharse a la criada, le quitó la servilleta y limpió lo que quedaba en el rostro de Carly. Luego dejó la servilleta y sacó a la niña de la trona.

—Es una niña preciosa. Charles tiene razón. Es un regalo.

—Gracias —declaró Rachel, viendo suavizarse el rostro de la princesa.

—¿Sabes lo de la esposa y el bebé de Damon?

—Sí, me lo contó. Una horrible tragedia.

La princesa Nora balanceó a Carly sobre su rodilla.

—A veces me preguntaba si alguna vez volvería a oírlo reír —miró a Rachel—. Lo oí reírse esta mañana.

Era una bandera blanca y Rachel se dio cuenta de que estaba siendo aceptada por su suegra.

—Ser padre es duro para los miembros de la realeza, hay que encontrar el equilibrio entre el amor y la obligación, la responsabilidad ante los súbditos, ante uno mismo y ante la familia —la Princesa la miró—. Pero en el corazón, lo que toda madre desea más que nada es que sus hijos sean felices —suspiró—. Parece que tú le has dado eso a Damon, y te doy las gracias. Pero deberías saber que ser miembro de una familia real no es un cuento de hadas.

—No me casé con Damon porque fuera parte de una familia real. Me habría casado con él aunque fuera un albañil.

La madre de Damon levantó las cejas.

—¿Entonces por qué te casaste con él? Francamente, parece que no lo conocías mucho.

—Imagino que por eso —explicó Rachel—. Mi cabeza me decía que no lo conocía bien y mi corazón, que lo conocía desde siempre —añadió, sabiendo que esa era toda la verdad.

Damon volvió en ese momento.

—Rachel, debemos hablar. Acabo de tener noticias de Lance Grayson.

Rachel se levantó al instante, se excusó ante la princesa Nora, se puso a Carly en la cadera y siguió a Damon.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Él se giró y la sujetó por los hombros.

—Ha llegado una segunda nota de rescate.

Capítulo Ocho

—¿Qué han pedido? —preguntó Rachel, manteniendo la calma.

—Un millón. Pero hay buenas noticias, Rachel. Había una fotografía de Victoria sujetando el periódico de esta mañana.

—Al menos está viva.

—Sí y, según Grayson, parecía ilesa. No había señales de que le hubieran hecho daño. De hecho, según sus palabras, parecía muy furiosa.

—Así es mi hermana.

—Grayson ha pedido tu ayuda. Esta vez la nota estaba escrita a mano, y nos la va a enviar con un mensajero para ver si reconoces la letra.

—Si es de mi padre, podré reconocerla. Espero que no lo sea. Me temo que la princesa Nora no reaccionaría bien al saber que hay un secuestrador en la familia de su nuera. Espero con todo mi corazón que mi padre no esté implicado en esto, que sea lo que siempre ha parecido ser, un director de colegio malhumorado pero respetable.

—El comportamiento de tu padre no es culpa tuya.

—Lo sé.

—Bien. Grayson también envía la foto. Quiere que te fijes con detalle en el fondo, para ver si reconoces el lugar.

—Conoce bien su trabajo, ¿verdad? —preguntó Rachel.

—A mí me parece un hombre que no acepta la derrota. También me dijo el lugar donde hay que dejar el dinero. Se preguntaba si significaba algo para ti.

—¿Cuál es?

—Un parque en el barrio de Mulberry, en Thortonburg. Hay dentro varios caminos y está lleno de árboles. Hay pistas de tenis, un estanque de patos y una zona infantil.

—Mulberry no era uno de los lugares a los que nos llevara mi padre. De hecho, salíamos poco.

Ella lo dijo sin ningún tipo de reproche o autocompasión, pero Damon sintió crecer la aversión hacia su suegro. Tener dos hijas preciosas y hacerles ver como si ellas no merecieran su tiempo y no disfrutara con ellas, le parecía a Damon el peor de los crímenes. También notó que Rachel pareció aliviada de que su padre no frecuentara la zona de Mulberry, aunque Damon creía que si él era el autor, habría pensado deliberadamente en un lugar al que no acostumbrara a ir.

Vio el ceño de preocupación en la frente de Rachel y pensó de nuevo en las razones para casarse con ella: cuidarla y protegerla. Y como sabía que la dejaría marchar en cuanto las dificultades pasaran, le parecía importantísimo darle regalos que nunca antes había tenido.

Su tiempo, una oportunidad para despreocuparse y divertirse. Con su hermana desaparecida, darle eso sería todo un reto. Pensó en cómo se sentiría él si le hubiera sucedido lo mismo a su hermana Lily y llegó a la conclusión de que se volvería loco.

Así que le parecía más importante que nunca entretener a Rachel.

—Ayer dejamos aquí a Carly —dijo Damon—. ¿Por qué no pasamos hoy el día con ella? Podemos bajar a la playa. Aunque hoy hace un día cálido, el agua estará demasiado fría para nadar, pero podemos mojarnos los pies. Y yo soy un experto haciendo castillos de arena.

—¿Castillos de arena? —preguntó Rachel escéptica.

—Acuérdate de los juegos malabares.

Ella se rió.

—Damon, me encantaría, pero creo que debo quedarme aquí por si...

—Llevaré el teléfono móvil y, en cuanto llegue el mensajero de Grayson, haré que lo envíen a la playa.

—No puedo resistirme a ti.

Damon recordó la invitación que le hizo con los labios la noche anterior. ¿Habría querido decir algo más con esas palabras?

Rachel estaba observando a Damon, que se encontraba en la orilla, con Carly subida en sus hombros. Estaba descalzo y tenía los pantalones vaqueros enrollados hasta las rodillas mientras saltaba las olas. Y las risas de ambos aliviaban un poco su desesperación.

Rachel se sentía como si debiera estar haciendo algo: poniendo carteles, llamando a las puertas con la foto de Victoria en la mano... Pero en el fondo sabía que debía confiar en Lance Grayson. Un mal movimiento por su parte podría empeorar la situación de su hermana.

Llevaba su bañador nuevo y el pareo a juego, y se consideró bastante superficial al preocuparse por su aspecto cuando su hermana estaba secuestrada.

Damon regresó y dejó a Carly en la arena al lado de ella. Había llevado una gran variedad de cubitos y palas, cargando con todo por el camino que iba desde el castillo a la playa.

Damon buscó entre su colección y encontró un cubito azul y unas palas. Carly y él llenaron el cubo con la arena medio húmeda que había dejado la marea al retirarse. Carly golpeó la arena eficientemente con su pala. Y cuando él le dio la vuelta al cubo y Carly vio el resultado, se quedó boquiabierta. Le quitó el cubo a Damon y empezó a llenarlo entusiasmada.

Damon sonrió a la niña y luego miró a Rachel.

—¿Piensas que los niños están aquí para recordarnos que hay magia en las cosas pequeñas?

Ella se fijó en la forma en que Damon observaba a su hija y pensó que sería muy fácil amarlo.

Pero quizás su problema fuera que ella amaba con demasiada facilidad. Bryan era el mejor ejemplo.

Damon le dio a un cubo.

—Aquí todos tenemos que trabajar —le dijo con firmeza.

Sospechaba que Damon estaba intentando animarla y se sintió agradecida. Aceptó el cubo.

—Con ese cubo tienes que hacer figuras en los lugares donde yo ponga una x.

Rachel obedeció, sintiéndose muy bien mientras llenaba el cubo una y otra vez.

—Creo que has diseñado algo grandioso —le dijo a Damon.

—¿Grandioso? —Dijo él fingiendo indignación—. ¿Quién es el príncipe aquí?

—Tú, Alteza —dijo ella soltando una risita.

—Una autoridad en castillos —le recordó Damon—. ¡Carly!

Rachel vio que la niña se había puesto detrás de ella y había ido aplastando cada torre de arena que ella había hecho.

Damon fingió enfadarse y riñó a Carly. Pero esta se metió un puñado de arena en la boca y la masticó mientras escuchaba.

—Mira, Carly, ayuda a mamá a llenar los cubos. Nada de romper cosas o Damon te tirará al mar para que te coman las serpientes.

Carly se rió, pero dejó de aplastar las torres.

Rachel, al ver que el castillo de arena iba tornando forma, pensó en su madre. Maribelle adoraba la playa. Rachel pensó que había sido en uno de los pocos lugares donde la había visto reír. Recordaba a su madre de pie, en la orilla, mirando a lo lejos, haciendo castillos con ella y con Victoria con un entusiasmo que normalmente no tenía.

Rachel pensó que Maribelle y Malcolm habían tenido un matrimonio sin risas ni diversión.

Y por lo que en ese momento sabía de Victoria, se preguntó cuándo habría dejado de sonreír su madre. ¿Y cuándo se habría vuelto Malcolm tan dominante y mezquino? Rachel nunca había considerado que quizá esos rasgos no fueran propios del carácter de cada uno, sino que fuera el producto de los años de matrimonio.

—Estás soñando despierta —le dijo Damon—. Hay muchas cosas que requieren tu atención.

—Sí, señor.

Carly estaba ocupada haciendo un hoyo y Rachel pensó que le habría encantado que su madre hubiera pasado un día en la playa con su nieta.

¿Pero quién sabía cómo funcionaban esas cosas? Quizás su madre estuviera allí más que nunca, al haberse liberado su espíritu oprimido.

—¿En qué piensas? —le preguntó Damon.

—Estaba pensando en lo mucho que habría disfrutado mi madre de un día así. Me pregunto si estará aquí en cierto modo. Estoy segura de que su idea del paraíso habría sido una playa.

Damon acarició el pelo de Rachel y le retiró algunos mechones por detrás de la oreja.

—Por supuesto que está aquí. Creo que lo mejor de ella ha continuado, en ti y en Carly.

¿Y qué había sido lo mejor de su madre? En primer lugar, su belleza y su amabilidad, que gracias a Malcolm, al final se había convertido en debilidad. ¿Por qué habían permanecido juntos sus padres? ¿No vieron que era un error? Su padre, un hombre zafio y mucho mayor que ella, una belleza sobrecogedora. Su madre, una dulce soñadora y su padre, un tirano pragmático cuyo pragmatismo finalmente se había convertido en severidad.

¿Y cuándo comenzaron sus padres su relación? Rachel pensó que sus álbumes podrían darle alguna pista.

—Necesitamos un foso —dijo Damon, dándole una pala.

Rachel salió de sus pensamientos y vio que Carly había dejado de excavar y estaba intentando llenar el cubo de agua. Estaba sentada en la orilla, gritando órdenes a las olas para que se metieran en su cubo volcado. El agua no cooperaba. Intentó echar con su pala y, finalmente, tras haber capturado unas cuantas gotas, regresó victoriosa hacia ellos. Pero sus andares, limitados, eran aún más difíciles en la arena, de modo que se cayó y perdió su tesoro antes de llegar hasta ellos.

—No se rinde —dijo Damon, viendo a Carly volver de nuevo a la orilla.

Sin perder de vista a su hija, Rachel hizo un loso alrededor del castillo. Era una estructura increíble. Llegaba a la altura de su cintura en algunos lugares, con torreones y muros.

—Realmente eres un experto en castillos —admitió Rachel.

—Lo mejor no ha llegado aún.

—¿Y qué es?

—Destrozarlo.

—¡No!

—Si no lo hacemos nosotros, lo hará la marea.

Así que en cuanto terminaron, dejaron que Carly le diera patadas y luego siguió Rachel, disfrutando enormemente.

Cuando daba su último salto sobre la arena, vio un hombre que se dirigía hacia ellos.

Había algo en él que Rachel encontró arrebatador. Era algo más que su atractivo físico, pelo oscuro y ojos azules. Era muy alto y no estaba vestido para la playa.

Rachel miró a Damon.

—¿Quién es? —preguntó, pensando que aquel hombre le resultaba familiar.

—Roland Thorton.

Rachel se quedó boquiabierta, porque por primera vez supo que Victoria era realmente la hija del duque.

—Se parece muchísimo a Victoria —dijo, mientras el joven se acercaba.

—Damon —dijo el joven.

—Roland.

Algo se suavizó en la mirada de Roland cuando la vio.

—Tú debes ser Rachel, la hermana de mi hermana. ¿Qué parentesco hay entre

nosotros?

Ella sonrió. Le gustó ese hombre al instante.

—No lo sé.

—Te he traído algunas cosas de parte de Lance.

—Gracias.

La sonrisa de Roland desapareció.

—Rachel, siento lo de nuestra hermana. Realmente deseo que todo salga bien.

—Gracias.

—Solo he visto fotografías tuyas —continuó Roland—, y sospecho que no le hacen justicia. ¿Es tan bella como tú?

Algo hizo que Rachel mirara a Damon. Tenía el ceño fruncido y parecía claramente celoso.

—Es igual que tú —le dijo Rachel a Roland.

—Estoy deseando conocerla, lo digo de corazón.

—Ve a buscar a Lily —interrumpió Damon bruscamente.

Roland se despidió de ellos y se marchó.

—Debes ser agradable —lo reprendió Rachel—. Va a ser tu cuñado. Además, es muy atractivo y encantador. Al no ser mujer quizás no hayas notado sus irresistibles cualidades.

—¿Irresistibles? —Balbuceó Damon—. ¿Debo recordarte que eres una mujer casada?

Ella sonrió, pero lo miró detenidamente. Algo no encajaba. Él había rechazado sus besos y no quería que Carly lo llamara papá. Pero la mirada en sus ojos en ese momento era pasional. Y el hombre que había estado en la playa todo el día había sido un estupendo papá.

Rachel quiso abrazarlo, pero no creía poder soportarlo si él la rechazaba de nuevo.

Así que prefirió sentarse en la manta y abrió el sobre que le había dado Roland. Damon llevó a Carly desde la orilla y la puso frente a los pies de Rachel con su cubo, y luego él se sentó al lado de ella.

Por el rabillo del ojo, Rachel vio arena pegada en el vello oscuro de sus brazos y, por alguna razón, le pareció muy sensual.

Pero se obligó a concentrarse en la fotocopia de la nota de rescate que le habían enviado.

Con alivio, se dio cuenta de que no reconocía la escritura.

—No es de mi padre —dijo pasándosela a Damon—. Ni siquiera lo ha redactado él. Él no cometería errores gramaticales ni de ortografía.

—Bueno, no creo que nadie haya pensado que la hubiera escrito él.

La idea de un cómplice no se le había ocurrido a Rachel, y pensó que su alivio quizás fuera precipitado. Damon estudió la nota, pero no comentó nada más.

Rachel miró a continuación la fotografía de su hermana y pasó los dedos

suavemente por sus pómulos, sufriendo por el terror e inseguridad que Victoria debía estar sintiendo. Aunque no se veía ningún terror ni inseguridad en su rostro. De hecho la descripción de Grayson había sido acertada: en lugar de parecer una víctima asustada, se la veía furiosa.

Y entonces Rachel se fijó en los detalles del fondo, que estaban en sombras. La fotografía debía de haberse hecho con flash, ya que la cara de Victoria estaba muy blanca y el fondo muy oscuro. Pero en el sobre, Lance había metido varias fotos donde se veía más iluminado el fondo.

Parecía como si su hermana estuviera de pie frente a una pared construida con troncos.

—¿Una cabaña? —sugirió Damon mirando por encima de su hombro.

En la esquina derecha de la fotografía habían rodeado de rojo un objeto. Rachel lo miró y se fijó en la siguiente foto, una ampliación de ese objeto.

—Parece un rifle antiguo, ¿verdad?

—Espero que funcione —declaró Rachel—, y que Victoria se apodere del arma y...

Se calló. Eso no era una película.

Miró las fotografías de nuevo, muy despacio y con atención. Algo en ellas le hacía sentir que debería reconocer ese lugar, pero no era así. Su padre nunca las había llevado de vacaciones. Las únicas excursiones habían sido al museo, el zoo y las tierras del castillo de Thortonburg.

—¿Y bien? —le preguntó Damon.

—No lo sé —dijo Rachel—. Parece que debería saber algo, pero no. Quizás solo quiera ayudar tanto que mi mente me esté diciendo que este lugar me parece vagamente familiar, aunque al mismo tiempo sé que nunca he estado ahí.

—¿Y cuando eras muy joven?

Rachel miró la foto de nuevo.

—No —dijo al fin—. Nunca he estado ahí. Supongo que simplemente he deseado haber estado —de mala gana, guardó las fotografías—. Creo que hay que quitar a Carly del sol. Y en seguida llega su hora de su siesta. Se vuelve insoportable si no duerme a sus horas.

—Os dejaré un rato. Tengo pendiente algo que no puedo retrasar más.

—Oh, Damon, espero que no hayas descuidado tus asuntos por nosotras. Podemos entretenernos solas.

—No me habría perdido este día por nada en el mundo.

Rachel pensó que podía aprovechar el tiempo a solas para mirar las fotos de sus álbumes, buscando pistas sobre su familia que quizás ayudaran en algo a encontrar a Victoria.

Recogieron a la niña, la manta, los cubos y subieron el camino hacia el castillo.

Carly ocupó su lugar sobre los hombros de Damon.

—Estoy deseando que sea mayor y pueda montar a caballo —bromeó Damon.

Rachel se fijó en la imagen que formaba con su hija en los hombros, y sintió como si fuera la escena de un sueño que tuvo de niña, cuando creía en los sueños.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por ser mi príncipe.

Incluso al decirlo, se asustó. Era adulta y sabía que los cuentos de hadas no eran reales. Había vivido en la misma casa con sus padres el tiempo suficiente para aprender con amargura que las cosas buenas no duraban.

Damon se marchó de mala gana, pero tenía trabajo. Estaba ocupándose de unos papeles cuando apareció Phillip.

—He revisado todas las facturas de su esposa. Pero una de ellas no era una factura. Me temo que abrí el sobre por error.

—No es culpa tuya, Phillip. ¿Qué era?

Phillip le dio la carta. Y, al leerla, lo que Damon deseó hacer fue tirarla a la basura.

Era la carta de un editor de libros para niños. Querían comprar la historia de Rachel y hablar de la posibilidad de hacer una continuación.

Phillip lo miraba sonriente.

—¿No es estupendo?

—Lo es —declaró Damon sin sentirlo.

Phillip se marchó, y él se encontró con sentimientos enfrentados. Había rescatado a una mujer que no necesitaba ser rescatada. En realidad, era un insulto para ella. Al casarse, era como haberle dicho que no creía que ella se las pudiera apañar sola. Y, según esa carta, era muy capaz.

Su parte egoísta deseó tirar la carta, porque significaba que el momento de dejar marchar a Rachel llegaría mucho antes de lo que había pensado.

Suspiró y pensó en lo que decía el hermano Raymond sobre el verdadero amor, que consistía en dejar a un lado los propios deseos y darle al otro libertad.

Dejó la carta a un lado, sabiendo que tendría que enseñársela a Rachel. Quizás también sirviera para distraerla. Y llegaría el momento de decirle que sentía haberla metido en eso, pero que conseguiría la nulidad.

Pensó en Rachel ese día, con el precioso bañador y el pareo ocultando sus largas piernas. Pensó en Carly caminando con dificultad con el cubo de agua...

Muy despacio, salió de su despacho.

Rachel estaba en su dormitorio y, a través de la puerta, la oyó llorar. Estaba atrapada en una vida que no había elegido libremente y a la que había accedido porque había querido ayudarlo a él y a su hija.

Damon pasó de largo y fue hasta la siguiente puerta. La abrió y entró. La habitación infantil parecía vacía y triste, como un espejo de lo que volvería a ser su vida.

Se acercó, tocó la cuna y descubrió que en unos pocos días, había pasado de creer

que nunca quemara un hijo, a desearlo.

Durante un momento, algo salvaje despertó en su interior y pensó en ir a seducir a Rachel, aceptar su invitación de la noche anterior y convertir ese matrimonio en algo real para que ella no escapara.

Aunque eso parecería más bien un secuestro.

¿Pero qué otra cosa había hecho él? La había metido en un mundo donde se analizarían todos sus movimientos y su hija sería fotografiada cada vez que se tomara un helado en público.

Había empezado como un trato de negocios, y visto así, no había sido mala idea. Pero algo lo había cambiado todo. El amor.

Damon se había enamorado de su bella esposa. Y durante un instante, imaginó cómo sería amarla y vivir de acuerdo a las promesas que se habían hecho en el altar. Tener hijos juntos. Jugar juntos. Trabajar juntos, hacer lo posible para convertir el mundo en un lugar mejor.

De pronto envidió a Lilian y a Roland. Procedían del mismo mundo. Y todo funcionaría para ellos.

Deseó con todo su corazón que hubiera sido igual para Rachel y para él.

Capítulo Nueve

Rachel estornudó y buscó otro pañuelo de papel. Debió imaginar que el bañador sería un error. En su intento por estar atractiva, se había resfriado. Y en ese momento tenía los ojos y la nariz rojos.

Encontró sus álbumes de fotos y empezó por el más antiguo, el que le dio su madre cuando ella se marchó de casa. Era muy viejo. Un papel salió de su interior cuando ella lo levantó. Lo volvió a meter con cuidado entre las páginas y se llevó el pesado álbum a un cómodo sillón que había entre la cuna de Carly y su cama. La primera página era una foto de bebé de Victoria, que estaba algo amarillenta.

El álbum presentaba la imagen de una familia feliz y armoniosa. Había fotos de meriendas y cumpleaños. Pero cuando Rachel miró más detenidamente, le pareció ver que la infelicidad de sus padres siempre había estado allí. Algo distante en los ojos de su padre al mirar a la cámara y algo desesperado en los de su madre. Incluso cuando estaban juntos sosteniendo a su nueva hijita, Victoria. Pero quizá hubieran mentido a todo el mundo para proteger su dignidad y hacerle la vida más fácil a la niña.

Luego había muchas fotografías de Rachel y Victoria juntas, riendo, de la mano, siempre juntas, con idénticos bañadores, preparadas para ir a la iglesia con vestidos iguales...

Rachel suspiró, dándose cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Pasó la página y se cayó el mismo papel que había caído antes. Estaba amarillento por el paso del tiempo.

Con cuidado, Rachel lo desdobló y encontró el certificado de matrimonio de sus padres.

Todos los datos estaban bien, menos uno. Ese documento decía que sus padres se habían casado un año después de lo que ellos siempre habían dicho. Lo que significaba que Victoria había nacido seis meses después de la boda, para ser exactos.

¿Habría sabido Malcolm antes de casarse que ella esperaba un hijo de otro hombre? ¿Lo habría sabido y le habría ofrecido protección?

Rachel se puso pálida al ver el parecido con su propia situación. Pero Malcolm no era Damon. ¿O habría sido un hombre tan bueno como él al principio? En realidad, a Rachel le costaba trabajo creer esto último.

Y la otra posibilidad también le parecía improbable. Era que su dulce madre hubiera sido capaz de casarse con un hombre sin decirle que estaba embarazada. Según los datos de ese certificado, ella estaba embarazada de tres meses, lo suficiente para no tener ninguna duda sobre su estado.

¿Y qué significaba que Maribelle le hubiera puesto a su hija el nombre del hombre que no se había casado con ella, un hombre importante que estaba casado con otra mujer? ¿Era debido a que amaba al Gran Duque y deseaba que algo de ese amor viviera en su interior?

Había sido muy fácil ver siempre a Malcolm como un hombre frío y sin piedad,

aunque Rachel se preguntaba en ese momento si su madre habría tenido algo que ver. Malcolm no era ningún estúpido. ¿Cuánto tiempo habría tardado en descubrir que el corazón de su bella esposa no le pertenecía?

Rachel pensó en la ternura especial que su madre siempre había demostrado a Victoria, una ternura que Rachel había deseado compartir, pero había sido excluida, a pesar de los esfuerzos de su madre por tratarlas igual a las dos.

Pero ella había tenido el favor de su padre. Y era porque era suya.

Rachel no sabía si la historia era así, pero sospechaba que se estaba acercando a descubrir los secretos que habían provocado que su infancia fuera infeliz.

En ese momento entró Damon. Se sentó a su lado y la miró muy serio.

—Por favor, no me digas que algo va mal —le suplicó Rachel.

—Todo lo contrario.

—Necesito buenas noticias.

—Eso imaginé. Phillip abrió esto por accidente —dijo, dándole la carta del editor.

Rachel la leyó dos veces y sintió una enorme alegría nacer en su interior. Lo miró y sonrió, y deseó abrazarlo y que juntos dieran vueltas por la habitación.

—¿Significa esto que he vendido un libro?

—Sí —dijo Damon, esforzándose por parecer feliz sin conseguirlo.

—Damon, ¿qué ocurre? No habrás oído algo de Victoria, ¿verdad?

—Claro que no. Te lo habría dicho.

Pero la estaba mirando como si memorizara sus facciones, como si una parte de él se estuviera despidiendo. A ella le entró el pánico.

—Rachel, creo que he cometido un error.

Ella se quedó muy quieta. Había imaginado que ese momento llegaría. Pero no había pensado que él notara tan pronto que ella no era la mujer apropiada. Claro que no lo era. En cualquier momento, su padre sería detenido como secuestrador, un hombre que había raptado a la mujer a la que había criado como a su hija.

Damon podría haberse casado con una princesa o una duquesa, y seguro que su madre se lo habría dicho. Una mujer cuya historia, cuando fuera expuesta a la prensa, no incluyera un operario de telesillas en Canadá a quien le gustaba fumar cosas variadas.

Pero Rachel no quería que él viera el efecto que tenían sus palabras. Levantó la barbilla y se echó el pelo hacia atrás, esperando parecer despreocupada. ¿Por qué se le rompía el corazón? Apenas conocía a ese hombre.

Pero entonces recordó el momento en que lo vio entrando en la comisaría, cómo se acercó a aquel pobre hombre y le ofreció consuelo. Recordó cuando pasó la aspiradora y el modo en que jugaba con su hija y hacía castillos de arena.

Quizás no supiera cosas de él. No sabía a qué colegio había ido ni en qué trabajaba en su despacho. No sabía si jugaba al ajedrez o le gustaba el arte. Esas cosas tardaban tiempo en averiguarse. Pero sí conocía su corazón. Había visto su

alma y su bondad desde el primer momento.

—Rachel, he sido muy injusto contigo.

Ella no se atrevió a hablar.

Él apartó la mirada, confundido, fijándose en la niña que dormía.

—He sido increíblemente egoísta y me disculpo por ello.

Ella no dijo nada y bajo la mirada al álbum.

—Rachel, pensé que me necesitabas... —Damon señaló la carta—. Te he insultado al insinuar que me necesitabas para cuidarte, que yo podría darte más de lo que tú podrías conseguir. Me equivoqué.

¿Cómo podían herir tanto unas palabras que sonaban tan bien? Por supuesto, era parte de su regío entrenamiento, saber deshacerse de una situación incómoda con elegancia.

—Quiero que te quedes aquí todo el tiempo que desees —añadió con suavidad—. Al menos, hasta que aparezca Victoria. Y luego te daré la casita del campo. Para ti y para Carly.

Durante un instante, ella tuvo esperanzas. Seguiría viéndolo, vivirían en la misma isla. Sus caminos se cruzarían. Quizás llegaran a conocerse mejor.

Pero sabía que no podía aceptar la casita. Era un regalo demasiado extravagante. Su orgullo no le permitiría aceptarla.

—Rachel, vi en ti la solución a mi problema, y en mí la solución a los tuyos, pero eso... —señaló la carta— creo que significa que todos tus problemas están resueltos.

Todos menos los de su corazón, que se había roto. Y entonces, Rachel supo la verdad. Lo amaba. No sabía cuándo había ocurrido ni dónde. Pero lo amaba. Y sería mejor que todo terminara en ese momento, ya que sentía que ese amor crecería día a día. ¿Y qué ocurriría cuando no fuera algo recíproco? ¿Se convertiría en una mujer como su madre, débil y desesperada? ¿Se convertiría él en lo mismo que su padre, un hombre amargado? No. Era mejor terminar cuanto antes.

Rachel estaba necesitando todas sus energías para no perder la compostura y desmoronarse. Pero el álbum de fotos cayó de sus manos temblorosas.

Damon lo recogió. Se había abierto por una página y se lo puso en las piernas, con el ceño fruncido.

—Rachel, mira esta foto.

Ella lo hizo.

—Oh, siempre ha sido una de mis favoritas. Se tomó hace años, cuando Ginger era joven. Mi padre decía que iba a ser una perra de caza. Y ahí está, durmiendo bajo el sol, mientras los faisanes pasan por delante. Siempre pensé que era una foto de concurso —explicó, intentando mantener su tono jovial.

—Rachel, mira el fondo.

Ella lo miró confundida y luego lo hizo y se quedó boquiabierta. La perra estaba en el porche de una cabaña hecha de troncos. Colgado de los troncos, se veía un rifle.

Rachel lo miró, se levantó y fue por el sobre que le había enviado Lance y sacó

las fotos. Las estudiaron juntos, comparándolas.

No había duda.

—Ahí está tu hermana —dijo Damon, tomando su mano.

Y entonces hicieron exactamente lo que ella había deseado cuando leyó la carta del editor. Damon la levantó por la cintura y la subió por el aire.

—¡Ahí está Victoria!

Se rieron juntos y ella pensó que su corazón iba a desbordarse de alegría y amargura a la vez. Pero memorizaría ese instante. Y cuando los días le parecieran solos y tristes, volvería a ese momento.

—Me había olvidado de ese lugar —dijo, cuando finalmente Damon la bajó—. Es una cabaña de cazadores que perteneció al tío de mi padre. Lo había olvidado.

—¿Pero sabes dónde está?

—Sí, sí.

—Voy a llamar a Grayson ahora mismo.

Ella respiró profundamente. Deseaba más que nada que apareciera su hermana, aunque significara separarse de Damon. Él había dicho que la dejaría en libertad. Pero ella sabía que nunca volvería a sentirse libre. Parte de ella siempre querría volver a esos días mágicos en los que había sido la princesa de un cuento de hadas.

Damon la observó con cuidado cuando ella le transmitió su decisión. Quería ver en su cara algo que indicara que no lo deseaba así, pero no apareció nada. Ella sabía, igual que él, que la carta lo había cambiado todo.

—Sí, llamaré ahora a Grayson —repitió.

El teléfono estaba junto a la ventana y cuando lo descolgó, vio que el sol se estaba poniendo. Tiró del cordón y cerró las cortinas.

—Grayson, por favor. Soy Damon Montague.

Se giró y miró a Rachel. Estaba muy blanca, pero le sonrió como si no le importara nada que su matrimonio hubiera terminado antes de comenzar.

Damon se dijo que tenía que dejar de ser egoísta. Estaban a punto de encontrar a su hermana. Ella tenía derecho a estar feliz.

Lance Grayson se puso al teléfono.

—Rachel ha encontrado una fotografía en un álbum familiar. El fondo es igual que el que enviaste. Te la paso para que te diga dónde está.

Ella se acercó al teléfono. Damon la vio moverse con elegancia y belleza. En su interior había un grito que quería suplicarle a Rachel que lo amara, que se quedara, que compartiera la vida con él.

Le dio el teléfono, le tocó la mejilla con suavidad y luego dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta en silencio.

Capítulo Diez

Después de colgar, Rachel se sintió maravillada por la seguridad que le había transmitido ese hombre, incluso por teléfono.

Iba a encontrar a Victoria. Lo sabía con todo su corazón.

Damon se había marchado. Ella se asomó a su cuarto, pero no estaba. Se acercó a Carly y miró las cajas de la tienda de ropa que seguían amontonadas en una esquina.

Muchas no se abrirían nunca. Ausente, quitó la tapa de una y la abrió. Frunció el ceño. Ella nunca se había probado eso. Saco la prenda del papel de seda y la miró. Era preciosa, blanca y de encaje. Un camisón con una bata a juego.

Nunca había tenido nada igual, y aunque una parte de ella le decía que lo guardara, otra parte la animaba a probárselo.

¿De dónde había salido? Damon había debido de comprárselo. Rachel dejó caer su ropa al suelo y se puso el camisón sobre la piel desnuda.

Era delicioso, suave, sedoso y sexy.

Se miró en el espejo. Parecía una novia. ¿Por qué le habría comprado Damon algo tan sensual cuando sabía que ese matrimonio era solo nominal? Rachel se quitó la bata, la dejó con cuidado en la silla junto a la cama y se metió bajo las sábanas.

Pero después de dar vueltas y vueltas durante una hora, esperando oír a Damon llegar, se levantó y se puso la bata.

Recordaba haber visto una pequeña cocina en las habitaciones de Damon, y fue allí con la esperanza de encontrar un vaso de leche y un microondas.

Todo estaba en silencio y la luz de la luna entraba por los enormes ventanales. Rachel no necesitó encender la luz. Y entonces vio una puerta que siempre había estado cerrada, que estaba entreabierta, y oyó un sonido dentro. Se acercó y empujó la puerta un poco más.

Era el cuarto de un niño. La luz de la luna entraba por las ventanas con cortinas de encaje y vio que era precioso. Amarillo con muñecos pintados en las paredes. Damon estaba sentado en la mecedora. Ese era el sonido que Rachel había oído, el crujido de la mecedora al moverse.

Y escuchando a su corazón, Rachel entró.

Damon no podía creer lo bella que estaba cuando apareció con el camisón que él había visto en la tienda y que encargó a Rosalitta. Siempre la recordaría así, como su princesa.

Él había ido a aquel cuarto a pensar. Y había creído que sentiría tristeza por lo que le había dicho a Rachel esa noche. Pero lo que sintió fue tranquilidad. Lamentaba con todo su corazón no poder seguir con ella, pero estaba contento consigo mismo, ya que había hecho lo correcto.

Porque el verdadero amor solo quería lo mejor para la otra persona. El verdadero amor no la metería en una jaula, sino que abriría las puertas para que echara a volar.

Se puso de pie.

—Lo siento —dijo Rachel—. No podía dormir. Oí un ruido y entré. Ya me voy.

—No te marches.

Extendió la mano y ella entró, pareciendo flotar por el suelo, aceptando su mano.

—Obviamente, este es un lugar muy íntimo para ti —dijo, mirándolo con los ojos brillantes.

Era cierto, pero de pronto, él no sentía deseos de ocultarle nada a esa mujer.

—No te preocupes.

—Es una habitación preciosa.

—La pintó Sharon, incluidos los muñecos —dijo sonriendo.

—¿Lamentas algo, Damon? —susurró Rachel.

—No haberle dicho a Sharon más a menudo lo que significaba para mí.

Rachel asintió con la cabeza.

—Yo lamento lo mismo con Victoria.

—Pero tendrás la oportunidad de decírselo.

—Creo que me han dado una segunda oportunidad —Rachel apartó la mirada, respiró profundamente y lo miró—. He estado pensando en lo que me has dicho esta noche. Has dicho que has sido egoísta. Y quiero que sepas que estás equivocado.

—No lo estoy.

—Damon, no me dejes que lamente siempre las cosas que no he dicho, igual que me pasa con mi hermana —le dijo angustiada—. Puedes pensar que has sido egoísta, pero yo te veo de un modo distinto. Te veo como el hombre más altruista que he conocido nunca.

Él empezó a protestar, pero ella levantó la mano para hacerlo callar.

—Esta ha sido la época más difícil de mi vida, con mi hermana desaparecida y sabiendo que mi padre era el causante, y averiguando que mi familia ha sido una enorme mentira —Rachel se acercó a la ventana y miró hacia fuera—. Pero a pesar de ello, ha habido momentos de alegría. Gracias a ti. Me has cuidado y me has hecho sentirme apreciada. Nunca me he sentido así en mi vida. Y cuando creí que era débil, tú me mostraste que en el fondo tenía una gran fuerza —lo miró—. Así que he de ser fuerte y decirte esto —se estremeció—. Puede que nunca vuelva a tener la oportunidad de ser sincera contigo, así que lo seré ahora. Estoy cansada de que me controles. Tú quieres casarte. Tú quieres separarte. Y todos esos nobles discursos sobre lo que tú deseas para mí. ¿Pero alguna vez me has preguntado lo que quería yo? ¿Por qué no lo has hecho? ¿Te parezco tan tonta como para no saber lo que deseo?

—No, claro que no —contestó Damon perplejo.

—¡Entonces, pregúntame!

—Rachel —dijo obediente, admirado del poder de esa mujer—, ¿qué deseas?

—Quiero lo mismo que todas las mujeres, Damon. Y lo creas o no, no es un príncipe. Es amor. Se lo dije a tu madre: me habría casado con un albañil por amor.

—Y a eso me refiero yo exactamente. Te dejo libre para que puedas encontrar a tu albañil y que puedas ser feliz y...

—Es demasiado tarde para el albañil, Damon. A menos que estés pensando en cambiar de profesión. No puedo marcharme sin decirte esto —lo miró con orgullo, pero su voz temblaba—. Damon, te amo.

Sus palabras lo sacudieron como si fueran una corriente eléctrica, extendiendo lentamente el calor por sus venas. Rachel continuó hablando.

—Sé que parece imposible que pueda amarte después de tan poco tiempo. Pero así es. Con todo mi corazón. Nunca antes he amado así. Y te habría amado de cualquier modo. Mi alma habría reconocido tu alma hicieras lo que hicieras, fueras albañil o príncipe. Pero entiendo que quieras que me marche. Mi padre está a punto de traer la desgracia sobre su familia y...

Damon se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—¡Rachel! No digas eso. Tu padre no tiene nada que ver con esto. ¡Nada! Yo quería lo mejor para ti. Solo pensaba en eso. Me crees, ¿verdad?

—Sí —susurró ella.

Damon no podía creer lo que estaba oyendo, lo que estaba viendo en sus ojos. La abrazó y besó su cabeza, sus oídos y su cuello.

—Yo también te amo.

Ella se apartó y lo miró fijamente.

—¿Lo dices en serio?

Él se rió.

—Con todo mi corazón.

Y entonces fue ella la que le besó los ojos, los labios y las mejillas, desesperada, como si no tuviera suficiente.

Él se apartó. Le costó mucho trabajo. Pero quería darle algo.

—Vete a la cama —le dijo suavemente.

—Quiero irme contigo —insistió Rachel.

—No.

Ella pareció a punto de derrumbarse, así que él la abrazó una vez más y la besó con toda la pasión que pudo.

Cuando terminó, la apartó de él.

—Vete a la cama —repitió, con firmeza.

Y con expresión perpleja, ella dio media vuelta y se marchó.

Rachel volvió a la cama. Damon le había dicho que la amaba y le había dicho que se fuera.

Cerró los ojos, pensando que la confusión no le permitiría dormir. Pero no fue así. Se abrazó a la almohada y supo que en sus ojos y en sus labios había visto la verdad. Esa vez había encontrado el amor.

Sintió que alguien le tocaba suavemente el hombro.

—Princesa, despiértese.

Debía de ser un sueño, porque nadie sabía que era una princesa. Rachel abrió los ojos. La luz entraba por la ventana y Carly estaba sentada sobre la cadera de Bonnie.

—¿Qué pasa? —preguntó sentándose.

—El príncipe Damon requiere el honor de su presencia —declaró Bonnie, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Oh, no puedo creerlo! Es tan romántico.

—Bonnie, ¿qué es romántico?

—Espera frente a las escaleras.

Rachel salió de la cama.

—Tengo que vestirme y...

Pero Bonnie estaba sujetando la delicada bata blanca.

—Vaya así.

—¿Así?

—Sí.

Rachel se puso la bata y fue, descalza, por los pasillos, pasando junto a sirvientes. Todos parecían sonreír, como si conocieran algún delicioso secreto.

Finalmente, bajó la escalera principal. Damon no estaba allí, pero la puerta de la entrada estaba abierta. Rachel salió.

Damon estaba montado sobre un precioso caballo. Ella se quedó inmóvil y lo miró. Vio las cortinas moviéndose en todas las ventanas.

—¿Damon, qué ocurre? ¡Todo el mundo está mirando y yo estoy aquí fuera en camisón!

—Estoy siguiendo una lección que me dio Roland. Me estoy declarando con toda claridad. No quiero que pienses en nuestra relación y lamentos lo que no tuvo, lo que yo no te di.

—Damon, baja del caballo y entra en la casa.

—No. Quiero que haya romanticismo. Una declaración de amor —extendió la mano hacia ella.

—¡Pero no puedo ir montada a caballo por el campo en camisón!

—¿Por qué no?

Ella lo pensó un instante. Siempre había sido muy comedida y él la invitaba a compartir una aventura. La fantástica aventura de estar enamorados.

Despacio, bajó los peldaños y se puso de pie junto al caballo. Lo miró y aceptó su mano.

Damon quitó el pie del estribo. Rachel puso el suyo y se encontró subida en el caballo detrás de él, con el largo camisón blanco extendido sobre el caballo.

Se agarró con fuerza de la cintura de Damon y enterró la nariz en su hombro.

—Sujétate bien —le dijo él.

Ella no creía que pudiera sujetarse con más fuerza. Y a continuación salieron al galope, giraron hacia el oeste por un prado y luego llegaron a las colinas.

Rachel gritó empujada por la sensación de libertad que la rodeaba mientras galopaban, con el viento en su pelo y en su cara.

Pasado un rato, Damon puso el caballo al paso, haciéndolo subir por un sendero.

Llegaron a la casita de campo, Cliff Croft. Él la ayudó a bajar y luego bajó él. Ató

el caballo a un árbol y le dio la mano.

La casita parecía diferente. Rachel notó que el terreno estaba arreglado y había maceteros a ambos lados del camino hasta la entrada. Y también vio cortinas en las ventanas.

—Aquí es donde viviremos Carly, tú y yo —le dijo Damon—. Y espero que también algún día un hermano o una hermana para Carly.

Y entonces la tomó en brazos y le dio un beso en la nariz. Cuando ella lo miró, él suspiró feliz.

—He soñado con este momento —dijo Damon feliz, acercándose a la puerta y empujándola con un pie—, en el que tú me mirarías con nerviosismo y expectación, convirtiendo mi sangre en fuego.

Cruzó el umbral con ella en brazos.

Rachel se quedó desconcertada al ver el interior de la casita. Estaba completamente amueblada. Damon la dejó en el suelo y sonrió mientras ella miraba a su alrededor, donde estaban los sofás de cuadros azules, las mecedoras y la mesita de la tienda de decoración de Thortonburg.

—¿Dónde está el perro junto al fuego? —Bromeó Rachel, y entonces oyó un aullido desde la cocina—. ¡Damon!

—Para Carly.

—¿Cómo has hecho todo esto?

—Ser un príncipe tiene sus ventajas.

Damon le enseñó toda la casa, la preciosa cocina en azul y blanco, un perrito aullando tras una verja en el porche trasero. La habitación de Carly, colorida y llena de peluches y juguetes.

Y, por supuesto, el dormitorio principal.

Ella se quedó fascinada al verlo. Estaba la enorme cama con dosel, llena de almohadas sobre el edredón de encaje. Era una cama sacada de un cuento de hadas.

Ella se giró y miró a ese hombre bueno y generoso que era su marido.

Y, de pronto, nada importó excepto él. Fue hacia sus brazos abiertos y sus labios se encontraron.

—Espera, hay algo más —Damon sacó un anillo de su bolsillo—. Estoy preparado para decirle al mundo que eres mi esposa.

—En cuanto aparezca Victoria —dijo ella mientras Damon le ponía la alianza de oro.

Entonces ella se agarró a su cuello y lo besó, llena de deseo.

Se fueron a la cama. El sol entraba por las ventanas y ella exploró su piel con lentitud. Vaciló un instante y entonces le desabrochó la camisa, metió la mano dentro, cerró los ojos y saboreó la piel caliente y dura de su pecho musculoso. Siguió explorando sus hombros, pecho, costillas y abdomen.

Abrió los ojos y lo miró. Damon estaba ardiendo de deseo. Ella le quitó la camisa y su boca hizo el mismo recorrido que había hecho su mano.

Con un gemido salvaje de Damon, cambiaron de posición, y Rachel se encontró debajo, mirándolo a los ojos, donde vio una ternura tan intensa que borró cualquier resto de reserva o timidez.

La bata fue lo primero en desaparecer. Damon tenía manos seguras y no dejaba en ningún momento de mirar sus ojos. Y entonces la tocó, suavemente, con adoración. Un roce de los dedos seguido de un roce de los labios. Ella se arqueó contra él y sus manos la sujetaron mientras la lengua de Damon encontró su centro y dibujó un círculo sensual alrededor, un círculo cada vez mayor.

—Damon —gimió ella, mirando la parte alta de su cabeza—. ¡Damon! —gritó, cuando la lengua encontró otro lugar suave y secreto del más profundo placer.

Él siguió atormentándola con las manos, la boca y la lengua, hasta que Rachel estuvo a punto de llorar de deseo en la mayor expresión de amor entre un hombre y una mujer. Los ojos de Damon, oscurecidos por la pasión, brillaban con una intensidad de amor que ella apenas podía comprender y la atrajeron para que le siguiera a nuevas cimas, a ir más allá, donde ella nunca había ido, a arrojarse en la aventura de ser un hombre y una mujer juntos.

Finalmente, en una serpenteante explosión que subió y subió hasta las nubes, los dos se convirtieron en uno.

Un rato después, estaban abrazados y el sol banaba sus cuerpos.

—Me siento como si hubiera sido virgen y nunca me hubiera entregado a nadie —declaró Rachel—, como si hubiera guardado para ti lo más especial de mí.

—Así me siento yo también —susurró Damon.

Y en ese momento, ella no tuvo miedo, solo una gran seguridad de que las cosas sucedían como tenían que suceder, que los acontecimientos estaban relacionados de un modo que la mente humana apenas podía comprender. Lo malo conducía a algo bueno; los sufrimientos, a milagros y, al final, llegaba la gloria.

Y sintió, muy hondo en su corazón, que Victoria sería rescatada y que su milagro estaba a punto de comenzar...

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.